

# ESTELA

POB

JORJE ALBERTO

---

BUENOS AIRES

—

1980

L2-4-2

# ESTELA

---

Han transcurrido diez años desde entonces, y, no obstante, el recuerdo de aquella escena, viene vivo y tenaz á mi memoria á representármela en todos sus incidentes y detalles, como si hubiera pasado ayer.

Este hecho me confirma un juicio que siempre he sostenido como resultado de una esperiencia propia : que el hombre no olvida nunca aquello que ha ejercido alguna influencia en sus futuros destinos, ya sea feliz ó adversa esa influencia ; predominando, empero, por una razon que es fácil esplicar, el recuerdo de las gratas sobre las penosas impresiones. Y es que el corazon como centro de los mas nobles sentimientos que agitan nuestro ser, solo refleja los rayos prismáticos de la ilusion, lo que quiere decir que vive de ella, que encuentra en ella su felicidad ; mientras sepulta siempre ó casi siempre en su fondo todas las sombras, aun aquellas mas densas.

En esto hay, sin duda, su dósis de egoismo.

· No parece sino que el corazón, al ufanarse de su dicha manifestando franca y alegremente sus goces,—se retrajera, se avergonzara, si me es permitida la frase, de exhibir sus dolores.

El sufrimiento que es la herencia del humano linaje, solo se revela por este motivo en las almas que ya no tienen nada que esperar, y que han inmolado sus ilusiones y sus creencias en el altar de una falsa deidad; y entonces le ostentan como un galardón conquistado en la incesante lucha de la existencia, donde se acrisolan y purifican para entrar una vez terminada aquella, al goce de esa otra vida que según el Corán, Allah ha prometido á sus creyentes, y según la filosofía moderna en su esencia mas pura y genuina, reserva Dios para sus criaturas.

Pero el que vive todavía alentado por la esperanza, olvida todo pesar, echa á un lado todo sinsabor; y recuerda solamente los plácidos instantes, las horas de felicidad, que le han sonreído, vinculando este recuerdo al día próximo, al *mañana*, que espera impaciente y anheloso.

.....  
 .....

\* \* \*

Lluvia torrencialmente.

El agua azotaba con fuerza el pavimento de las calles.

El viento rujía, atronaba, como un mónstruo embravecido.

Mil relámpagos cruzaban el cielo en todas direcciones, semejando las nubes que se arremolinaban en el espacio impelidas por la tempestad, una inmensa montaña incendiada de improviso por la erupcion de sus volcanes.

El corazon mas bien templado se hubiera sobrecojido ante aquel espectáculo, ofrecido por los elementos en lucha.

Solamente ella, recostada con abandono y negligencia en su divan, permanecía tranquila, impasible, imperturbable, ante aquel soberbio cuadro de la Naturaleza airada.

Sus grandes ojos, bañados por la intensa y ardiente luz de su espíritu, se habian fijado de lleno sobre mí, derramándome todo el resplandor celeste de una alma en éxtasis.

Aquellas miradas me hablaban con la elocuencia irresistible del amor sublimado, agitando en mi alma las ánsias y los deseos infinitos.

De pronto cesó la lluvia; y un rayo de sol, dorado como el primaveral de los trópicos, penetró á la habitacion en que nos hallábamos, á travez de los vidrios de la ventana.

—¡Qué hermoso, que espléndido rayo de sol

· nos envía el cielo después de la tempestad! prorumpió entonces Estela, como despertando de un ligero sueño.

—Es verdad—contestè—La belleza de la vida está precisamente en esas constantes y sensibles mutaciones que la naturaleza nos ofrece. Al día se sucede la noche; á la escena de aquel, decorada por un cielo límpido, azulado y bañado de la luz plena, sucédense las sombras de ésta, teniendo por único adorno los mil lumináres que resplandecen sobre nuestras cabezas, suspendidas del espacio infinito. A la Primavera, risueña y gentil, cargada de flores, acariciada por céfiros que esparcen al aire su perfume, adulada por las aves y los bosques que la entonan himnos de amor; reemplaza en seguida el árido invierno con sus melancolías penetrantes, sus nieblas tristísimas y sus huracanes bravíos. Y lo mismo que en lo físico, acontece lo propio en lo moral. Las penas vienen en pos de las alegrías, y vice-versa: á la ilusión reemplaza el desencanto; al delirio de la juventud, sigue la plácida tranquilidad de la vejez; á la febril actividad, el reposo absoluto; á la posesión anhelada, al deseo satisfecho,—el cansancio, la indiferencia, el hastío!

—¿Y esa es una ley fatal, ineludible para los seres? . . . . O es, simplemente, una ley que rige tan solo para algunos, para tí, por ejemplo? . . . interrumpió Estela, mirándome fijamente y de-

jando pesar sobre mí toda la intencion de su pregunta.

—Es una ley universal, amada mia, la respondí: solo que en algunos seres se cumple mas pronto que en otros, segun sea su vida mas ó menos dramática; pero siempre se cumple!

—En tí se debe haber cumplido ya ¿no es verdad, querido mio? volvió á insistir Estela.

—¿Y habia de escapar yo á los rigores como á las escelencias de una prescripcion divina? repuse.

—Y sobre todo, cuando se ha vivido exclusivamente del sentimiento, en el grado máximo de la pasion. . . .?

—Precisamente por eso: el sol no llega al zenit sino despues de haber recorrido la distancia que media de este al horizonte de Levante.

—Por lo menos eres franco.

—Siempre he profesado culto á la verdad.

—Pues bien; á nombre de esa diosa, contesta: ¿me amas hoy lo mismo que el primer dia en que me conociste?

—Nó!

—Y tus promesas de amarme siempre, de vivir eternamente consagrado á mi amor?

—Fueron promesas hechas en una hora de embriaguez, imposibles de cumplir, como tus juramentos. Promesas y votos pronunciados por la pasion en su período mas intenso, cuando la intelijencia y la razon se habian replegado pa-

ra no contaminarse de esa atmósfera asfixiante de la voluptuosidad, que embota el sentimiento y empaña el espíritu!

—Ahora veo otra cosa; y es que en tu alma al evaporarse el amor, ha surjido la injusticia.

—No te comprendo.

—Acabas de asegurar que no he cumplido mis juramentos cuando Dios es testigo de la santidad con que los pronuncié; y esto, á mas de no ser exacto, es injusto, amado mio.

—Ni una ni otra cosa—Vas á cerciorarte de ello muy en breve. Mañana parto para las Provincias en donde forzosamente tengo que permanecer dos meses. Dos meses ausente de tí; lejos de tus miradas, distante de tus caricias—de esas miradas y esas caricias que me tornaban en otros dias en el ser mas venturoso, mas bueno y noble de la creacion. Durante ese tiempo tu habrás olvidado por completo tus juramentos. No te incomodará el recuerdo ingrato de nuestros amores, y. . . lo demas tu lo sabes: á *Rey muerto, Rey puesto!*

—Jamás, jamás! Tu puedes ausentarte, puedes no volver á verme, puedes olvidarme, si quieres; pero yo te amaré siempre hasta el fin de mi vida, no por temor de faltar á mis juramentos, sino por la necesidad que tengo de amarte! Créelo: ningun hombre antes de tí habia logrado enternecer y subyugar tan fuerte, tan tiránicamente mi alma; ninguno

tampoco despues de tí lograré conmoveerla y poseer su amor! Si el destino me depara la desgracia de perderte, de verme olvidada de tí,—moriré en mi abandono, abrasada por la llama devorante de mi amor, como esas flores que no teniendo una mano que las riegue y las cuide, se desprenden de su tallo marchitas y calcinadas por los rayos del sol!

—Comedia, Estela, comedia! Pero es bueno que la hagas con otros actores y en un teatro mas vasto, mas digno de tu talento. Yo soy ya un espectador frio, incapaz de prodigarte un solo aplauso. Y lo siento, por que á no ser así, discerniéndotelo, hubiera hecho justicia cumplida á una buena artista. Quédate al menos esta satisfaccion, y conserva mi amistad en cambio de aquel cariño que hoy no te puedo ofrecer ya. Adios, Estela; hasta la vista; ya sabes que mañana parto y que puedes en consecuencia enviarme tus órdenes, que serán leal y gustosamente cumplidas.

Me incliné circunspectamente y salí.

El dia se habia compuesto.

La naturaleza parecía auxiliarme en este amargo trance.

Me costaba mucho esta separacion!

\*  
\*\*

La escena anterior, como se vé, fué el rompimiento de relaciones entre Estela y yo.

Dos años de pasion frenética, dos años de unos amores ardientes y exagerados, habian traído las cosas á este terreno.

Al delirio habia reemplazado la calma por el dominio de la razon sobre el sentimiento; y á la posesion el hastío. Y no por que Estela no fuera una mujer capaz de mantener vivo el fuego de aquella pasion salvaje; al contrario: cada vez tenía nuevos arranques, nuevos brios, nuevos transportes y mayor vehemencia su cariño hácia mi.

Pero Estela era insaciable, y consumía cuanto se ponía al alcance de la atmósfera de voluptuosidad que la rodeaba. Alma de fuego, había concentrado en su corazon todo cuanto hay de irritante en el sentimiento, para reflejarlo en su rostro divino, al que aquel prestaba una seductora y satánica espresion.

Sus ojos tenían todas las fascinaciones; sus formas todos los hechizos; su belleza todos los resplandores que deslumbran.

Su boca podía desafiar á la rosa humedecida por el rocío de la aurora; y su seno, cubierto siempre de blancos y transparentes cendales, era un iman celeste colocado allí por Cupido para atraer las almas y embriagarlas de deleite.

No se la podía mirar sin cegar, sin sentirse cautivado y presa del májico caudal de su hermosura.

Añadid á todo esto una inteligencia superior, un espíritu escogido, educado en todas las bellezas del arte, impregnado de todas las grandezas y ternuras del génio, y tendreis el tipo de la suprema perfeccion.

Todo esto era Estela. Por eso habia ejercido y ejercia en mi una influencia incontrastable. Era preciso tener en mucho el porvenir, respetar ciegamente, como respetaba yo, las preocupaciones sociales, para romper unas relaciones que habia arraigado el amor, y mantenía profundamente latentes la pasion con sus matices mas vivos y animados. Era preciso, sobre todo, poseer una fuerza de voluntad como la mia, tenaz é inquebrantable. Armado de ella, sofocando todos mis sentimientos sublevados; dominando todas mis impresiones,—formé la resolucion de emprender el viaje á las Provincias, como lo verifiqué al dia siguiente de mi entrevista con Estela.

\*  
\* \*

La vida de esta bella criatura habia sido hasta el dia en que me amó la vida de todas las cortesanas.

Hija de una familia pobre, pero honrada y respetada de Buenos Aires, fué solicitada á los quince años en matrimonio por un introductor de pianos.

.. Los padres de Estela que conocían las prendas recomendables de este sujeto, manifestaban complacerse de este partido; y así se lo significaron á don Guillermo, que tal era el nombre de aquel honesto comerciante. Pero Estela no participaba de estas mismas ideas, y un dia, cuando su madre la exigió una contestacion categórica acerca de su casamiento con don Guillermo, oyó de sus lábios estas palabras que equivalian el rechazo mas completo de las pretensiones de éste:

—Yo no me he de casar jamas sino con un hombre á quien verdaderamente ame, y que sea á todas luces digno de que le sacrifique mi juventud y mis ilusiones. Don Guillermo no es el hombre que yo he soñado; soy la primera en reconocer sus buenas cualidades; pero no podré amarle nunca: así pues, toda pretension hácia mi mano será de todo punto vana é inútil.

—Piensa hija en lo que haces; mira que el partido que se te ofrece no puede ser mas ventajoso—replicó doña Eulalia, que este era el nombre de la madre de Estela.

—Es inútil, mamá, que volvamos á hablar mas de este asunto! contestó la jóven visiblemente contrariada con aquella insistencia.

Deshecho este enlace, Estela continuó siendo lo que era, es decir, continuó trabajando contenta y resignada desde las seis de la mañana hasta las cinco de la tarde en costuras y bordados que

la encomendaban las familias de posición, sabiendo que con su trabajo contribuía al sosten de sus padres, quienes gozaban de una consideración distinguida en esta sociedad.

Así pasaron dos años.

Un día, y con motivo del aniversario del nacimiento de una amiga, fué invitada Estela para una tertulia en casa de ésta.

Estela que á los quince años era ya una hermosa é interesante criatura, habia desplegado en los dos transcurridos, toda su espléndida belleza de muger.

Debido á esta circunstancia, contaba á centenares los pretendientes, entre los que se veían confundidos el poeta con el estadista, el literato con el hacendado, el comerciante con el militar, y el magistrado severo con el jóven alegre, sin mas caudal que sus esperanzas. Todos ellos se disputaban las miradas, las atenciones y las preferencias de Estela.

Y con razon; por que aparte de su incomparable hermosura que por sí sola hubiera bastado á cautivar, Estela hacía gala de un ingenio poco comun.

Espíritu vivaz, imaginacion ardiente, concepcion rápida, abarcaba con una sola mirada todas las situaciones, sujetándolas al exámen de un criterio tan robusto como sutil; circunstancia que le había merecido el renombre de la

*Bella espiritual*, puesto por uno de nuestros hombres públicos mas notables.

\* \*

Estela asistió á la tertulia para que habia sido invitada.

Entre las personas que habian concurrido contábase el jóven abogado X. . . ., quien, presentado á Estela por su amable amiga, se declaró el cortejante de ésta. Estela simpatizó con X. . . . y X. . . . con Estela. Muy viva debió ser la simpatía del uno por el otro, por que no se separaron un solo momento hasta que la fiesta hubo terminado.

\* \*

En la tarde del dia siguiente, Estela comunicaba á su madre poseida de una alegría extraordinaria, que habia encontrado, al fin, el hombre que soñára, aquel hácia el cual la arrastraba su corazon; y el único á quien podia y debia amar.

Misia Eulalia oyó, como se comprenderá, todo cuanto su hija la dijo respecto al abogado, sin objetarla lo mas mínimo; por que apesar de la pintura que Estela hacía de su persona, no le conocía; no pudiendo por consiguiente espresar juicio alguno, ni en pró

en contra, acerca de los sentimientos de que aquella se manifestaba dominada.

Algunas horas despues, Hortensia, que así se llamaba la amiga en cuya casa Estela conociera á X. . . ., se presentaba á la de ésta.

—Vengo á felicitarte! prorrumpió al entrar á la sala, en que se hallaba sola Estela.

—Has hecho una gran conquista, —continuó, —en tanto que abrazaba y beñaba á su amiga— Y debes estar orgullosa porque X. . . . ha sabido resistir con una estraña firmeza las seducciones de las mas codiciadas hermosas.

—Gracias, Hortensia, gracias doblemente, contestó Estela: porque sin ti, sin tu amistosa intervencion, sin tu galantería invitándome para que asistiera á tu brillante tertulia,—yo no habría encontrado el hombre que buscaba!

—Se ha enamorado locamente de tí.

—¿Y cómo lo sabes, picarona?

—Toma! Porque acabo de estar con él y vengo á verte de su parte, trayéndote con sus recuerdos algo que no te dejará la mas leve duda de su amor.

—¿Y qué cosa me manda?

—Esta carta, hija; toma y léela, pues!

Y Hortensia puso en manos de su amiga un billete que sacó de su cartera.

Estela titubeó algunos instantes en presencia de aquella carta. Todo cuanto hay de santo y piadoso en una muger parecía haberse suble-

vado en ella, porque se la encendió vivamente el rostro.

Hortensia quiso concluir con la perplejidad de su amiga, haciéndola comprender que no sufría nada la delicadeza de una jóven recibiendo una esquila de su amante.

—¿Acaso es un crimen amar? dijo: ¿acaso todos tienen la misma facilidad para espresar verbalmente su cariño á la que aman,?. . . . Y X. . . . se encuentra en este caso: no habiendo podido manifestarte sino pálidamente sus sentimientos lo hace hoy por medio de esta carta. Recíbela, pues, no seas tonta; imponte de su contenido, y si gustas contéstala, que por mi intermedio llegará la contestacion que X. . . . espera impaciente como debes suponerlo. . . .

Estela, en vista de estas esplicaciones de Hortensia, tomó la carta abrióla y leyó en alta voz lo siguiente:

—«Divina Estela:

«Ante todo, séame permitido implorarla humildemente perdon por mi atrevimiento en escribirla.

« Pero qué quiere!

« Despues de haber penetrado por una noche entera en ese cielo que solamente vd. sabe ofrecer á los mortales que oyen su acento y se bañan en la lumbre celeste de sus ojos; despues de haber leído en sus miradas un mundo de promesas que ratificaron

« despues sus lábios al demandarla una frase  
 « de esperanza; despues de sentir en mi alma  
 « el dulce imperio de sus encantos, cada uno  
 « de los cuales está allí grabado, despertando  
 « las mas crueles ánsias y los mas devoran-  
 « tes deseos:—yo no puedo prescindir, siquiera  
 « sea como un desahogo á mi corazon ena-  
 « morado, de escribirla estas líneas, trazadas  
 « trémulamente, bajo el dominio del recuerdo  
 « y la esperanza, para repetirla que la amo,  
 « que la idolatro, y que no ambiciono mas  
 « fortuna que ser correspondido de vd., ni  
 « mas gloria que su amor!

—Qué carta, hija! interrumpió Hortensia al llegar á este punto: se conoce que la ha dictado el sentimiento, porque brota de ella, de cada una de sus frases, todo el lirismo de la pasion que estalla. ¡Continua, Estela; veamos su conclusion.

Estela leyó entonces:

« El alma que se halla bajo el imperio del amor, necesita una escusa del ser que se lo ha inspirado; y esa escusa la tiene la mia en sus propias palabras, que han estimulado todo lo grande que en ella había.

« Mi amor en este caso debe aspirar á algo mas que á una benévola acogida de parte de vd.: se ha conquistado el derecho de ser pagado con el amor de su alma de ángel, en toda su ternura y grandeza!

« Asi lo espero; y si para hacerme mas  
 « digno de él fuera necesario el sacrificio  
 « de mi vida, que es el mayor que pudiera  
 « ofrecerla, por, que él me privaría de la su-  
 « prema dicha de amarla;—exíjame lo vd., que  
 « lo haré con gusto apesar de todo, si antes  
 « de morir y abandonarla para siempre, me  
 « acuerda el favor de sus últimas cariñosas  
 « miradas.

. . . . .  
 « Hortensia la dirá á vd. lo demas.

« Su apasionado :

X. . . . »

Cuando Estela hubo concluido la lectura de esta carta, estaba temblorosa, agitada, con esa fuerte agitacion de las primeras vivas impresiones.

Hortensia lo notó, y, abrazando á su amiga :

—¿ Qué tienes, querida ? . . . ¿ por qué en vez de alegrarte lloras ahora ? . . . díjola.

—Lloro porque nó puedo contener las lágrimas que se agolpan á mis ojos, producidas por un sentimiento desconocido, no experimentado hasta hoy todavia. No es llanto de tristeza el mio, Hortensia : son lágrimas de amor y de esperanza, porque, te lo confesaré de una vez, amiga mia, amo á X. . . desde la noche que le conocí y se me declaró en tu casa. X. . . es el hombre que yo esperaba encontrar en mi ca-

mino; el ideal que forjára en mis horas de ensueño, cuando comprendí por una misteriosa revelacion del alma, que el amor era el objeto de la vida! Sí, le amo; y si no hubiera conmovido mi corazon en la primera vez que le ví y le hablé, le habría amado despues de la lectura de su carta apasionada! . . . Díle, pues, esto en contestacion; cuéntale la escena que has presenciado, y que si es cierto que Dios predestina á los séres para fundirlos en una misma llama, ó precipitarlos á un mismo abismo en la vida,—yo sabré ser digna de mi suerte, cualquiera que sea, la de la gloria ó el martirio, siempre que los comparta con él!

Estela estaba transformada.

Brillaba en sus ojos la espresion de la mas íntima alegría; y su rostro, encendido por todos los arreboles del amor, espresaba aún mas, si es posible, que sus anteriores palabras, el estado de su espíritu.

—Cuenta conmigo, Estela, y ambos sereis felices! fueron las frases que por única respuesta pronunció Hortensia, levantándose y despidiéndose de su amiga.

\* \* \*

Como se vé, Estela se inició en la vida del alma á los diez y siete años, edad en que conoció y amó al Dr. X. . . .

Ella abrió su corazón á los encantos de esta nueva vida, como lo abren todas las mugeres dignas y honestas, educadas y criadas en la virtud y el deber.

Estela no era coqueta; porque apesar de conocer la influencia satánica y decisiva que ejercía su belleza sin par, iba revestida siempre, al revez de muchas hermosas, de una dignidad austera, llena de circunspeccion, que contrastaba con su juventud y cortos años.

Su alma era pura como su frente virginal; sin otro contacto que el de las ilusiones que la acariciaban.

Su alma y su frente solo habian recibido dos besos: el de la virtud aquella, y el de los lábios maternas ésta.

Podia officiar como Vestal; podia consagrarse entera á Dios: tan pura era!

Pero llegó un dia en que el amor, ese resplandor del cielo, le inundó el espíritu de su dulce claridad.

Ese dia fué aquel en que creyéndose verdaderamente amada, abrió su corazón inocente á las fementidas protestas que X. . . la hiciera. Por que X. . ., como muchos de nuestros jóvenes pertenecientes á eso que llaman el *gran mundo*, profesaba las mas falsas y pervertidas teorías. Era de aquellos que no creyendo en las fuerzas de la muger, habia concluido por dudar de su resistencia.

La muger—había dicho X. . . . muchas veces en el círculo de sus amigos—es un bello objeto cuya posesion debe buscarse por todos los medios, con el propósito de estraer de ella como de un fruto regalado, el jugo nectáreo del amor, que brinda al hombre en el transporte de sus voluptuosidades.

La virtud tan decantada de las mujeres—agregaba—no es mas que una absurda invencion, una fábula de los moralistas, con que se pretende engañar á los nécios. La elevada dama, como la mujer del *demi-monde*; la matrona como la cortesana; la aristócrata como la plebeya: todas profesan una misma idea, todas persiguen un mismo propósito, todas se alimentan de una misma esperanza: el placer, venga de donde venga, cueste lo que cueste!

La única diferencia que hay entre ellas—concluía X. . . .—es la de la eleccion de los medios; pero el fin es siempre el mismo. Las mugeres comprenden como nosotros el objeto de la vida; solamente que como ellas han dado en llamarse el sexo *débil*, siendo sin duda el mas fuerte y resistente, se valen de melindres y estratéjias para llegar al resultado que anhelan.

Con tal profesion de fé, es fácil adivinar las intenciones que X. . . . abrigaba cuando se dirigía á alguna muger.

Se habia hecho práctico en el arte de seducir; y era ya crecida la cifra de sus triunfos en la vida galante.

¿Qué extraño entonces que, como la serpiente tentadora, se hubiera insinuado tiernamente en el corazón vírgen de Estela?

¿Qué extraño que despues de conquistarse sus simpatías en toda una noche de amorosa plática, la cautivára el alma despues con una série de cartas de que Hortensia era portadora, tan tocantes é inspiradas como solo podria escribirlas el que se hallase bajo el imperio de un verdadero amor?

\* \* \*

Estela, pues, amaba á X. . . .

Le amaba con todas las fuerzas de que era capaz su grande alma.

X. . . . continuaba simulando su pasion por Estela, porque apesar de haber transcurrido ya dos meses desde el dia en que la declarase su amor, no creia llegado el momento de clavar sus garras de gavilan sobre aquella blanca paloma, cuya caza se habia prometido.

Para estos Tenorios y Lovelaces de profesion, las mejores conquistas son aquellas que los obligan á perder algun tiempo. Pareciera que las dificultades que tocan, las resistencias con que luchan, fueran un incentivo á sus ardientes pero

impotentes deseos. Y es que la virilidad empieza á faltarles ya, y necesitan de poderosos estimulantes para despertarla, siendo para ellos mejor aquel que retarda la satisfaccion de sus ánsias amorosas, por los obstáculos que encuentran. Hombres jóvenes, que no han traspuesto todavía el horizonte risueño de la vida primaveral, los veis sufrir, sin embargo, todas las fatigas, todos los desalientos de una vejez prematura; esa vejez innoble que se adquiere en la orgía continua, en las corrientes fangosas del vicio, y que al secar los sentimientos generosos del alma, marchita el físico grabando en él sus huellas abominables.

X. . . . estaba en este camino.

La disipacion de su vida lo había ido arras-trando insensiblemente á ese abismo. Tenía el alma extraviada, y confundia todas las nociones. A la perversion moral sigue, como sabeis, la corrupcion física. No hay nada que conserve y vigorice mas el cuerpo que las buenas costumbres, y estas son hijas de los puros sentimientos del alma.

Ya hemos visto que X. . . . no abrigaba en la suya otro que el de la maldad; porque es maldad, é imperdonable, escojer víctimas inocentes como Estela, meditar su perdicion, y, aparentando sentimientos á que es ageno su seco corazon, trocar una vida plácida y serena, nutrida de ensueños, acariciada por la ilusion y la

esperanza, en un infierno horrible, lleno de vergüenza y dolor que constituye la existencia de un *ángel caído*.

Mientras X. . . . se ocupaba tan solo del medio que había de darle el triunfo sobre la indefensa virtud de Estela; mientras que saboreaba anticipadamente una felicidad que esperaba gozar pronto, merced á los recursos de que se servía; mientras que cauteloso y astuto inspiraba á su víctima mayor confianza cada día respecto á la santidad de los propósitos que hacía ella le animaban:—Estela no hacía otra cosa que pensar en X. . . ., dando mayor pávulo cada momento á la ya incendiaria llama de su amor.

Ignoraba ¡pobrecilla! que tras ese resplandor celeste que llevaba en su espíritu, se ocultaba la nube del dolor, que debía en breve llenárselo de sombras y tristezas!

Ella no sabía que las flores viven tan solo una mañana hasta que exhalan su perfume; y que cuando llega la noche las encuentra ya místicas y deshojadas!

\*  
\*\*

Hortensia que, como ha visto el lector, proteja estos amores, y era la intermediaria oficiosa entre X. . . . y Estela; había conseguido apesar de la repugnancia que el acto producía á los sentimientos de ésta, llevarla un día

á Palermo, en donde las esperaba X. . . . Allí tuvo lugar la primera entrevista de los dos amantes; entrevista larga, en que X. . . . se manifestó mas apasionado que nunca, pero siempre gentil y respetuoso.

Esta era la conducta que habíase trazado de antemano y no la quebrantó en lo mas mínimo. Era, por otra parte, preciso no extralimitarse, por que en ello ganaba: robustecía la confianza que había inspirado á Estela, y podia esperar como consecuencia de su proceder caballerezco, que ésta repitiera sus entrevistas con él, sin el mas leve temor de una injuria ó exceso por insignificantes que fueran, á su pudor de muger.

Así sucedió, en efecto.

Sus citas amorosas se hicieron frecuentes, sin que Estela pudiera sospechar lo mas mínimo del modo de conducirse de X. . . . A todas estas citas concurría Hortensia, que no se separaba un momento de la presencia de los dos amantes. Era el ángel custodio de aquellos puros amores.

Pero un dia. . . . era el fijado por X. . . . para dar su golpe proyectado, Estela vió desde la puerta de su casa en donde esperaba lista para salir, que el carruaje que la debía conducir á Palermo se paraba en la boca-calle, en vez de avanzar como era de costumbre.

Esta circunstancia no la inquietó, sin embargo. Esperó algunos momentos hasta ver si Hortensia descendía; pero viendo que no bajaba se decidió á ir sola hasta el punto en que el coche había parado.

La portezuela se abrió entonces y Estela penetró, encontrándose con X. . . .

Este comprendió la sorpresa de su amada al hallarse sola con él; así fué que para aquietarla y desvanecer cualquier sospecha, se apresuró á decir:

—Hortensia me ha suplicado viniera en su busca, mientras ella, que prepara una sorpresa agradable para Vd., segun me lo aseguró sonriendo, daba fin á su trabajo.

—¿Está ella en su casa? se apresuró á interrogar Estela.

—Allí nos espera! contestó X. . . . haciendo una señal al cochero para que partiese.

X. . . . mentía: Hortensia no estaba en su casa; pero para calmar los escrúpulos de Estela que parecía indecisa en resolverse á marchar sola con él, la respondió afirmativamente.

La ausencia de Hortensia de su casa, obedecía á un plan premeditado.

Habia convenido con X. . . . que ella iría á Palermo, donde prepararía una comida, para obligar á Estela á que los acompañase, mientras aquél iba en busca de esta.

Así fué que al llegar el carruaje á la puerta de la casa de Hortensia, se apareció la *mulata* que la servia, y encarándose á Estela, díjola:— «La señorita acaba de marcharse porque tenía que concluir no sé qué preparativos. Me ha encargado dijera á la niña Estela que la esperaba en Palermo: que fuera lo mas pronto posible!»

—En este caso, voy á bajar del carruaje para que la conduzcan á Vd.—se apresuró á decir X. . . ., firme en su propósito de no despertar ninguna desconfianza, de que empezaba ya á apoderarse el ánimo de Estela.

—Puede Vd. venir conmigo ; así iré acompañada! interrumpió Estela, derramándole una de sus sonrisas fascinadoras.

—No rehuso semejante dicha! articuló X. . . vivamente emocionado ante aquella sonrisa. Y dirijiéndose al cochero, agregó:

—A Palermo, pronto!

El carruaje partió entonces á todo escape.

X. . . . dijo á Estela despues:

—Doy gracias al cielo por la merced que me otorga, ofreciéndome la ocasion de poder reiterarla, libre de todo testigo incómodo, los sentimientos de respeto y cariño que tan en alto gradola profeso!

Y dando á su actitud toda la espresion de la mas perfecta ternura, agregó:

—Mi amor hácia Vd. es puro y delicado como esos ensueños que nos acarician el alma en la dichosa edad de la inocencia, cuando agenos á todo contacto terrenal, libres de los punzantes dolores de la experiencia, nos mecemos entre corrientes de ilusion, viéndolo todo al travez del prisma del encanto. Su amor tiene para mí toda la vivificante frescura de un oasis! . . . El me ha transformado; me ha rejenerado; derramando en mi espíritu todos los efluvios y todas las claridades. . . Estela! mi lucero, mi vida, mi paraíso: yo te amo! . . . Si, te amo! Este es el grito que se escapa de mi alma y las almas no tienen para comunicarse ese lenguaje convencional, frio, torpe, que no dice nada, establecido por una vana etiqueta para las relaciones sociales! Tú y yo somos dos séres ligados por un mismo vínculo, cuyas almas ha fundido Dios en un mismo crisol: el amor! Permite, pues, á nombre de ese grande y sublime sentimiento que nos une, que lleve tu mano á mis lábios para depositar en ella un beso de pasion, y calmar de este modo el frenesí que me devora, el ardiente anhelo que me rinde!

Diciendo esto, X. . . tomó una de las blancas manos de Estela y la selló de un beso, oprimiendo despues con ella su corazon.

Estela estaba arrobada.

Las palabras fálaces de X. . . iluminadas por relámpagos de pasion, habían producido

en toda ella algo como ese desfallecimiento que se siente despues de haber sufrido una corriente magnética. Dominada su alma por uno de aquellos éxtasis celestes del amor, hubiera deseado permanecer asi mucho tiempo, acariciando ensueños dichosos, y suspendida de las palabras de su amante que penetraban su corazon.

Pero el carruaje que los conducia se paró de pronto, y aquel encanto desapareció.

El cochero abrió en seguida la portezuela y Estela descendió, bajando despues X. . . .

Hortensia les salió entonces al encuentro, dirijiendo á su amiga estas palabras:

—Me has de perdonar, hijita, que no fuera personalmente á buscarte, como acostumbro; pero qué quieres, tenía interes en sorprenderte. . . .

—Asi me lo comunicó X. . . ., mi amable compañero! exclamó Estela, posando en aquel sus ojos de cielo.

—Oh! En cuanto á eso nada hay que decir de X. . . .; es un verdadero *gentleman*, en extremo amable y complaciente!. . . . Y á fé, picarilla, que no te ha de haber desagradado hoy el cambio. . . . ¿Verdad?

Estela no contestó nada; pero se cubrió el rostro con el abanico tratando de ocultar su rubor.

—Ofrezca X. . . . el brazo á Estela y de-

mos una vuelta por el jardín—dijo Hortensia tomando la delantera.

\*  
\*\*

Antes de pasar mas adelante, conviene que sepa el lector que, á tres ó cuatro cuabras de la que hoy se llama *Avenida Sarmiento*, en Palermo, y entre un bosque de acacias y eucaliptus,—poseía Hortensia en la época en que estos sucesos tenian lugar, una casa quinta, construida en una manzana de terrenò, con todas las comodidades que se pudieran desear.

Tenía la casa diez habitaciones, amuebladas con algo mas que decencia, con lujo, como que Hortensia pásaba en ella casi todo el año.

En esta casa era, pues, donde Estela y X. . . habian tenido anteriormente sus citas, y en donde iba á producirse ahora el acontecimiento mas decisivo de su vida futura.

Pero no nos anticipemos.

Nuestros tres personajes se presentaron despues de un rato, y penetraron al interior de la casa, dirijiéndose á la sala, en donde se instalaron.

Hortensia pidió entonces á Estela que se sentára al piano, á lo que esta accedió; arrancando á aquel instrumento divino, cuando es

pulsado por mano maestra, sus sonidos mas armoniosos.

Entre otros trozos selectos, ejecutó la amada de X. . . . el ária de *Lucia*.

Cuando Estela hubo terminado, la dijo Hortensia :

—¡Cómo se conoce que amas, querida mia! Solamente amando se puede expresar el sentimiento de la manera que tu lo haces. . . . El piano ha reído, ha llorado, ha gemido bajo tus manos: parecía que los dedos de una Hada invisible herían sus teclas.

—Siempre fuiste fina y bondadosa con migo; así es que no extraño tus palabras, Hortensia—contestó Estela volviendo á ocupar su puesto.

—No hay tal, hija, repuso esta: ahora no se trata de frases lisonjeras, sino de un acto de justicia. Y sino que me desmienta X. . . . que durante el tiempo que tocabas parecía suspendido de la influencia arrobadora de la música, que tan bien sabes interpretar.

—Oh! Ejecuta admirable, magistral, divinamente! articuló el abogado dando á su voz todo el acento de la emocion.

Despues añadió:

—En efecto: vd. posée, Estela, todo el sentimiento tierno y delicado de una artista. El piano es en sus manos una arma terrible: seduce, domina, suspende, enloquece!

—Insisto en que son ustedes muy buenos é indulgentes! exclamó Estela para concluir de una vez con los elogios con que la abrumaban.

A este punto, presentóse un sirviente anunciando á Hortensia que la comida estaba servida.

—Está bien;—dijo ésta—y dirigiéndose á los dos amantes:

—Pasemos al comedor, amigos míos! agregó.

Ambos se levantaron y siguieron á la dueña de casa.

\* \* \*

El comedor de Hortensia es digno de que le describamos para conocimiento de los lectores; porque sin ese conocimiento podría parecerles novelesco todo cuanto pasó en él y referiremos despues:

Su primitivo dueño, aquel bajo cuya inspiracion y direccion se construyó todo el edificio, era un portugués sibarita, que habia pasado su vida entre placeres.

Profesaba la creencia de que el hombre como rey de la Creacion, no debia ocupar su tiempo en nada que no fuera en gozar. Y los goces mas grandes que la Providencia habia reservado al mas noble de los séres—eran, segun nuestro portugués, la mesa y el amor.

Nuevo Lúculo, su mesa ostentaba siempre los

mejores platos en aves, peces, conservas, frutas y vinos. Cada una de sus comidas era un banquete espléndido. Hombre jóven todavía, pues solo contaba treinta y ocho años; soltero y dueño de una colosal fortuna,—no economizaba medios á fin de proporcionarse sus dos grandes placeres. Era comunicativo, muy dado á la sociedad y la francachela; siendo esta la razon porque tenia siempre amigos y convidados á su mesa.

—Tantos amigos, tantas bellas! se había dicho muchas veces. Es menester que no haya resentimientos; quiero contentar á todos; por que lo peor que puede suceder en una reunion de amigos donde todo es jarana y alegria, es que se levante una queja como una nota discordante, á enfriar y echar á perder la fiesta.

Sus comidas degeneraban despues en orgías tremendas, donde se rendía culto exagerado á Venus y Baco, dioses de los libertinos.

Nuestro portuguez, apesar de participar de la bulliciosa alegria, de los dichos graciosos y picantes, asi como de la embriaguez que se apoderaba de todos sus convidados, no los habia acompañado nunca hasta el punto de hacer con ellos *cama redonda*, esa comunión del impudor con la crápula. Sus amigos conocian sus escrúpulos á este respecto, y nunca le exigieron que los complaciese.

—Si; pero como no es justo ni propio que us-

ted nos ofrezca estos placeres, sin participar de ellos, hago mocion, señores, (habia dicho uno de sus convidados al comienzo de una comida en casa del portuguez) para que nuestro digno anfitrión sea el que dirija estas fiestas, y el que dé la voz de órden cuando se trate de cargar al bello sexo.

—Aprobado! clamaron todos.

—Pido la palabra! dijo una voz.

—La tiene Vd., caballero. —repuso el portuguez.

Pùsose entonces de pié sobre la silla un jóven inglés, que habia viajado toda su vida, y dijo:

—Hago mocion para que entre todos los que nos hallamos aqui presentes, con esclusion de las señoritas, se entiende, levantemos una suscripcion con el objeto de construir un dormitorio *chic*, con una sola cama, que sirva exclusivamente á nuestro amable huésped y la compañera que elija. . . .

—Bastantes, dormitorios tiene la casa, dijo una voz interrumpiendo al ingles.

—Sí, lo sé; contestó este:—pero el dormitorio á que iba á referirme, no lo hay en ninguna parte, ó mejor dicho, no lo tiene mas que un hombre feliz: el Sultan Mahomet—Allí—Habbas!

—Que lo describa! que nos lo haga conocer! gritaron todos á la vez.

—Era lo que pensaba hacer, señores, cuando ustedes me interrumpieron! replicó el inglés.

—Pues hable V., que' nos impacienta saber como es esa maravilla! dijo una dama.

—Es maravilla, y no es maravilla—habló el inglés.—Seria un verdadero portento, á no dudar, si nosotros hiciéramos una cosa igual ó parecida al dormitorio del Sultan Mahomet; pero con mucho menos basta al objeto que yo me propongo. Supónganse ustedes que aquel príncipe feliz, es, como todo turco, amante del placer; y como Sultan, dueño del mas hermoso Serrallo que se pueda imaginar. Posée trescientas mugeres, trescientas odaliscas, bellas como un lucero, lánguidas y tiernas como esas visiones de amor que acarician el alma de una vírgen.

—¡Qué viva el hijo de la Gran Bretaña! gritó uno, á este punto del discurso de aquel.

—Que vivaaa! dijeron todos.

Cuando volvió á reinar el silencio en aquella asamblea de troneras y libertinos, el inglés continuó de esta suerte su narracion interrumpida:

—Todas esas hermosas, á escepcion de la Sultana, que es la querida de Mahomet, están numeradas; de manera que cuando él quiere servirse de alguna otra que no sea su favorita, —llama antes de sentarse á la mesa al eunuco que hace de mayordomo en el Serrallo, y le ordena haga sentar al *número* tal ó cual en una

de las cabeceras de aquella. La orden del gran señor se cumple, y, al ocupar su asiento, la elegida empieza á sonreírle, derramando sobre el Sultan sus mas hechiceras miradas, durante la comida. Cuando el moderno Sardanápalo ha hecho las libaciones de estilo, que suelen ser repetidas y abundantes; cuando se ha cansado ya de la mesa, de la música y las canciones que entonan en coro y en su honor Odaliscas y enucos del serrallo; el Sultan toca un boton que pende del respaldo de su silla, y, por un sorprendente y maravilloso mecanismo, Mahomet y su elegida,—aquella que le hace *vis á vis*,—desaparecen simultánea y rápidamente, hundiéndose en el pavimento entapizado con todo el lujo oriental de que nos hablan los poetas.—¿Qué sucede entonces? ¿A dónde van á parar el señor del harem y la Odalisca? . . . Van á caer á un salon subterráneo, de diez varas cuadradas, poco mas ó menos; á la mansion del placer, al tabernáculo del amor, al dormitorio del Sultan!

—Bravo, bravo! gritaron á un tiempo aquellos calaveras, incluso el portuguez, que estaban pendientes de la relacion del hijo de Albion.

—Eso es magnífico, estupendo, soberbiamente caprichoso! agregó la dama que antes interrumpiera al ingles.

—Pues bien, señores, continuó éste: es preciso que nuestro amable amigo posea un comedor y

un dormitorio semejantes. Es claro que nosotros no podremos costearle una cosa tan rica como aquella, por que para ello seria menester una fortuna *rostchilesca*; pero le haremos una que sea digna de él y las hermosas que concurren á sus fiestas.

—Perfectamente! exclamó un jóven argentino: al efecto me suscribo con *cincuenta mil* pesos.

—Oh! nó; gracias caballero,—interrumpió el portuguez. No permitiré tal cosa de Vd. ni de nadie! Me gusta la idea vertida, la recojo y la hago mia. Dentro de un mes presidiré mis comidas cual otro Mahomet; y mi desaparicion de la mesa al fin de todas ellas, será la orden de divertirse. Mientras tanto, bebamos una copa, caballeros y señoritas, por el amigo que ha tenido tan bella inspiracion.

Todos bebieron, aclamando al inglés *touriste* héroe de la fiesta.

\*  
\* \*

Un mes despues, y como lo habia asegurado el portuguez á sus amigos, la obra estaba concluida.

El comedor se habia transformado.

No habia quedado en pié nada de lo que constituía el moviliario del antiguo salon.

Se habia decorado con un gusto notable y exquisito: allí no se veia nada inconveniente,

nada que resaltára á las exigencias de la comodidad, la belleza y la higiene: todo se habia consultado!

En lo que realmente se habia excedido nuestro portuguez, era en el dormitorio.

Aquello era algo como esas mansiones árabes de las *Mil y una noches*, no tanto por el lujo allí desplegado, sino por la manera especial con que todo estaba dispuesto. Una mano esperta y delicada, habia presidido, sin duda, aquella obra primorosa.

Asi es que todos, sin distincion de sexo, celebraron el buen gusto del portuguez en la direccion de aquel trabajo, felicitándole ardientemente por ello. Las mugeres, sobre todo, que debian ser las llamadas á gozar las exelencias de aquel nido de amores, no se cansaban de dar la enhorabuena á su dueño.

Ese dia inauguró, pues, este su comedor, y á la noche su dormitorio, en medio de la mas franca y cordial alegria.

A la media noche, cuando nadie podia tenerse ya en pié por el exceso de las bebidas, el portuguez apretó el boton de su silla, quedaron vacantes los asientos de cabecera, y la orjía empezó mas furiosa y mas libidinosa que nunca.

. . . . .  
. . . . .

---

\*  
\* \*

Tal era, pues, fuera del deterioro natural del tiempo, el comedor de la casa-quinta de Hortensia.

Cuando acaeció la muerte de su primitivo dueño, el portugués, á consecuencia de un ataque de apoplejia fulminante sufrido después de una de esas célebres comidas que acostumbraba, sus bienes se vendieron por la justicia ; habiendo adquirido el padre de Hortensia antes de su fallecimiento, la propiedad de esa casa de Palermo.

Ni el padre, ni la madre de Hortensia, tuvieron jamás noticia mientras vivieron de la existencia de aquel dormitorio subterráneo. Hortensia era la única dueña del secreto. Después fué X. . . , á quien, para favorecer en la posesion de Estela, se lo reveló.

\*  
\* \*

Hemos dicho ya que nuestros amantes pasaron al comedor, donde se habia preparado una comida por órden de Hortensia.

Estela no pudo menos de sorprenderse ante el cuadro que la ofrecia aquel comedor.

Desde las pinturas al óleo, á los ricos muebles, desde las colgaduras á la mesa, servida artís-

tica y admirablemente, adornada de hermosos y grandes ramos que exhalaban su fresco perfume por el vasto salon: todo hablaba á Estela con un lenguaje mudo pero fascinador.

A la seducción de los sentidos, á que la pobre niña no estaba acostumbrada, agregad ése otro hechizo del alma—el amor—y comprendereis fácilmente la sorpresa y alegría de Estela al encontrarse de pronto, sin esperarlo, sin sospecharlo siquiera, con aquel cuadro deslumbrador, que ofrecía en su conjunto el comedor de Hortensia.

—Verdaderamente que me sorprende cuanto veo! fueron las palábras con que trató de justificar su asombro, ante X. . . . y Hortensia que la miraban complacidos, al parecer.

—¿No te dijo X. . . . que yo te preparaba una sorpresa? se apresuró á preguntar Hortensia.

—Es verdad; y por cierto que has logrado tu objeto, querida amiga: esto revela tu buen gusto y tu amabilidad: yo no merecia tanto de tu parte.

--V. lo merece todo, encantadora Estela! exclamó entonces X. . . . mirándola fijamente.

—X. . . ha contestado por mí! repuso Hortensia, señalando á Estela el asiento de una de las cabeceras, é indicando al amado de esta el otro. La dueña de casa ocupó la silla mas inmediata á Estela.

Comieron en medio de la mas expansiva y franca alegría, con un apetito que hacia honor á aquella gran mesa.

Esto prueba lo absurdo del dicho vulgar aquel: « De ilusiones tan solo, viven los que aman » . . . .

Los vinos mas ricos fueron vaciados durante la comida, que duró dos horas largas; dos horas en que X. . . había vuelto á confesar de la manera mas patética, su gran pasion por Estela; y en que ésta, aceptando como genuinos los sentimientos espresados por X. . . en su favor, habíale demostrado á su vez, con esa cándida elocuencia de su alma enamorada, tódo el profundo sentimiento que hacía él la impelía.

—Debo felicitar me entonces, amigos míos, de haber cooperado á la realizacion de estos amores, dijo Hortensia; agregando poco despues:

—Os pido en consecuencia, me acompañeis á beber por ello una copa.

—Con mucho gusto! dijeron á un tiempo los dos amantes.

Hortensia les sirvió champagne y alzando su copa brindó:

—Por lá eterna felicidad de Estela, cuya belleza y corazon, serán para el que comparta con ella la carga de la vida, la gloria y el cielo: por la ventura de mi amigo X. . . á quien creo digno como ningun otro de semejante dicha!

—Y yo brindo—esclamó X. . . poniéndose de

pié—por que una felicidad tan completa sea el premio que Dios depara á Hortensia, nuestra noble y bondadosa amiga, que comprende y sabe sacrificarse por los grandes sentimientos.

—Muy bien! prorrumpió Estela llevando á sus lábios encendidos y temblorosos, la copa que se la sirviera.

Pasaron algunos momentos de silencio.

A las palabras entusiastas y espresivas, había reemplazado el lenguaje mudo pero mas elocuente aún de las miradas.

Hubo un momento en que parecía que las almas de X. . . y Estela se abrazaban, fundiéndose en un beso infinito, tal era la espresion de íntima ternura que reflejaban sus ojos.

Hortensia, que en la fusion misteriosa de estos dos corazones desempeñaba el rol de incómodo testigo, aprovechó esta especie de émbriaguez, este éxtasis de los dos amantes para levantarse y salir afuera, simulando la indiferencia y la naturalidad mas perfectas.

X. . . apretó entonces con mano nerviosa el boton de su silla, y, cual si la tierra hubiérale tragado, hundióse junto con Estela, quien, sintiéndose arrastrada por una fuerza estraña y desconocida—obra de aquel singular mecanismo que conocen ya nuestros lectores—no tuvo tiempo de proferir mas que estas palabras: *Dios mio!*

\*  
\*  
\*

Sí, *Dios mio!* Era el único que á oírte podía haberte salvado en situacion semejante, cándida paloma, inocente torcaza, que caíste herida al tender el vuelo por la region de la luz con que soñó tu alma pura! Solamente EL, el GRANDE, el INVENCIBLE, el MISERICORDIOSO, podía haberte librado de la infame asechanza del mas vil y miserable de los seductores! Pero Dios no te oyó; ó si te oyó, quiso probarte ante el peligro . . . Y caíste! . . . Caíste empujada por dos fuerzas irresistibles: tu amor y la seducción!

La pasión tiene imperio absoluto sobre el alma de la muger; ejerce atracción singular é invencible sobre toda ella, siendo su voluntad impotente para contrarrestar su influencia soberana. ¿Qué extraño entonces que la pasión que arrastra, ofusca y domina por completo, sea débil fuerza para luchar con la seducción, que sorprende y traiciona, asestando su golpe de muerte tras una promesa falaz y un juramento fementido?

El amor que en sus períodos tranquilos suele tener sus presentimientos,—porque es reflexivo—es el peor consejero cuando se apodera de nosotros en forma de pasión.—Y ésta, al estallar en el alma, nos aturde, nos entorpece la inteli-

gencia de tal manera, que no miramos ni mediamos nada. Se apodera de nosotros el delirio; y el delirio es la aberracion, la negacion de todas nuestras facultades. Un sér en este estado, no es mas que un ente sin voluntad, que marcha insensiblemente al abismo, atraído por todas sus seducciones.

Tal era Estela antes de caer.

Juguete de su pasion, no pudo imaginarse que podia llegar un momento de prueba para su alma de ángel. Y ese momento llegó desgraciadamente.

¡Llorad vírgenes puras, criaturas angelicales, sobre la tumba de sus ensueños celestes!

¡Derramad vuestras lágrimas sobre la flor ajada y marchita de su belleza!

¡Que el polvo del fango que cubre hoy su faz nacarada no empañe su alma!

\* \* \*

Pocos dias despues, un diario de esta capital publicaba el siguiente suelto :

« *Rapto y seduccion.* —Se habla en los altos círculos sociales del rapto y seduccion de una de nuestras mas distinguidas jóvenes, por un abogado, jóven tambien, que no ejercía su profesion.

« Se narra el hecho con los colores mas poéticos, á tal extremo que al oírle referir, créese

uno encontrar ante una de esas escenas fantásticas, muy comunes de los sueños de Hoffmann, rodeadas de encantamientos y sortilegios.

« Los padres de la niña, al tener conocimiento de este suceso desgraciado, han perdido la razón, no dando los médicos que los tratan la mas mínima esperanza.

« Ambos idolatraban á su hija. »

—

Otro diario, traía esta noticia dos dias despues:

« A la forma novelesca con que se ha ofrecido á esta sociedad el rapto de una hermosa niña, se agrega hoy una escena trágica.

« Dicese que la niña, al darse cuenta de su triste situacion y medir la infamia de que ha sido objeto por parte del que la sedujo,—no ha querido sobrevivir á su deshonra, habiendo apurado en su tremenda desesperacion un veneno activo y poderoso.

« El distinguido médico que la asiste ha declarado que su estado no puede ser mas grave: sin embargo, no desespera de salvarla.

« Hacemos votos por que esto suceda. »

\* \* \*

Ved ahí el resultado de una infamia !  
De un lado el eclipse de un astro cuya belle-

za y virtud resplandecían en el cielo social, cáutivando el corazón de los que le habían contemplado.

Del otro, el dolor y la desesperación supremos de dos seres inocentes, de dos ancianos inermes, los padres de Estela; cuyas almas, no pudiendo soportar el peso de aquella infamia, se abisman en las tinieblas de esa noche sin astros del espíritu humano: la demencia!

Y la sociedad, que se vé ultrajada y ofendida de este modo, ¿no ha creado un castigo para el malvado? . . .

Y el cielo, que mira tanta iniquidad y presencia un crimen tan negro, ¿para cuándo reserva los rayos de la cólera divina? . . .

La sociedad condena al infeliz que acosado por el hambre, sin mas consejero que su desesperación, penetra á la casa del vecino y roba un pan, un mueble ó una alhaja; y enmudece y permanece impassible ante el despojo premeditado, con todas sus fatales consecuencias, de lo que constituye la propiedad mas valiosa del hombre civilizado: el honor!

¿Qué justicia es esta que se distribuye tan desproporcionadamente?

¿Hacia dónde se encamina una sociedad que deja impune un crimen semejante?

¿Qué propósitos la animan, qué ideal persigue?

El progreso?

No se puede aspirar al progreso, que es la perfeccion, sin abrigar en nuestra alma el sentimiento de la justicia y la moral, base de toda sociedad bien organizada.

El bienestar ?

Solamente le gozan los pueblos, cuando sus códigos y leyes, fundados en la equidad, nivelan todos los derechos y amparan la vida y su goce dentro de los límites que aquellas establecen.

Gobernantes, magistrados que regis los destinos de los pueblos! preocupaos sériamente de esta gran cuestion social, y merecereis bien de la patria y la humanidad !

--

Quince días despues, Estela convalecia.

Los solícitos cuidados de que la hizo objeto el médico que la asistiese, la habian salvado.

X. . . que durante la enfermedad de aquella no se habia apartado un solo instante de su lecho, demostrando asi gran interés por su mejoría, dijo una tarde á Estela:

—Todo el mal que pueda haberte inferido, querida mia, arrastrado por las impacencias del deseo y la intemperancia de la pasion, será en breve reparado.

Como caballero, me imponé esta conducta el honor: como amante, me la dicta el alma que no anhela otro bien que tu cariño! Desecha en

consecuencia toda tristeza, todo lúgubre presentimiento, y espera. Confía en mí. Pero mientras tanto, creo de todo punto necesario, indispensable, que salgamos de Buenos Aires, á donde solo podemos volver unidos por lazos santos é indisolubles—Esto es tanto más conveniente, cuanto que así lo reclaman intereses de un orden imperioso: tu tranquilidad de espíritu y la delicadeza de ambos.

Nuestros amores han tenido una resonancia demasiado prolongada para que continuemos dando pávulo con nuestra presencia á los chismes de los salones. Desgraciadamente nada se pudo evitar: el hecho de poseerte con los títulos incuestionables de mi amor, que pudo pasar desapercibido como uno de tantos que se producen en la sociedad,—vino acompañado como es inútil que te lo recuerde, de circunstancias que tenían forzosamente que sacarlo del silencio y el misterio—Ese fué el resultado de una mala inspiracion, de una hora de duda y angustia. Pero todo ha pasado ya: hoy no debemos ocuparnos sino de nuestro porvenir, reparando ante la sociedad escandalizada, como legítima satisfaccion á nuestro mútuo cariño, la falta cometida, de la cual hoy se nos acusa impía y desconsideradamente, por los que, en nuestro caso, harian talvez lo mismo—Las faltas del amor son siempre redimibles: Jesu-Cristo perdonó las suyas á Magdalena, salvándola del

furor de un populacho fanático, precisamente porque amó y sufrió mucho. Casados, podremos desafiar las iras sociales, porque la falta á mérito de la cual se nos fulminan hoy, tuvo su origen de aquel gran sentimiento con que Dios dotó á las mas nobles de sus criaturas! . . .

—V. sabe, X. . . que todos los males que me han sobrevenido, son causados por su culpa exclusiva, por sus designios perversos, por sus asechanzas criminales! exclamó Estela, lanzando á su seductor una mirada de amargo reproche.

Despues agregó :

—Sin embargo, me daré por satisfecha; todo lo olvidaré, hasta la desgracia de mis padres, de la cual soy responsable ante Dios y los hombres, (y Estela sintió que se inundaban de lágrimas sus ojos á este ingrato recuerdo), si usted me cumple sus promesas, si repara en parte tanta desventura como la que pesa hoy desgraciadamente sobre mí —Haré cuanto usted quiera; seguiré sus pasos; arrostraré la vergüenza y el oprobio de mi situacion! . . . Y si, apesar de todo, el Destino me deparase el martirio, lo aceptaré tranquila y resignadamente en espacion de mi falta!

—Ahora no se trata de eso, querida mia; ni tienes razon para pensar en semejante cosa!

--Son presentimientos, X . . ., y ojalá no se realicen nunca!

—Bien, pues: queda resuelto que saldremos inmediatamente de Buenos Aires. Nos embarcaremos el sábado para Montevideo, y de allí, si te parece, seguiremos viaje al Brasil. Ahora mismo voy á prepararlo y disponerlo todo. Pronto vuelvo!

X . . . se levantó, acercóse á Estela, derramó sobre ella una mirada tierna y cariñosa, cual si tratára de templar el rigor de su infortunio, dióla un beso en la frente, y salió.

Estela se puso á llorar entonces amargamente.

—Dios mio! prorrumpió levantándose, poseída de la desesperacion mas profunda.

—Padre y señor mio! agregó despues de un rato en que no se oia mas que sus sollozos y sus suspiròs entrecortados:—Apíadate de mí, soy una criminal, indigna de tu perdon; pero tu misericordia es infinita . . . perdóname, Señor! . . . Yo era pura é inocente, yo amaba á mis padres de quienes era idolatrada! Pero un hombre. . . tú lo sabes, Dios mio, se apareció en mi camino! . . . Me habló, cautivó mi alma, y le amé! . . . Despues. . . perdon, señor, si te ofendí, ten piedad de esta desgraciada. . . salva á mis padres inocentes, protégelos, vuélveles la razon para que puedan verme mas tarde á su lado, restituida á su cariño, rejenerada por el arrepentimiento y ostentando la aureola de las castas esposas! . . .

Al terminar la última frase de esta conmovedora plegaria, Estela cayó al suelo sin sentido.

Se había desmayado.

El exceso de dolor, agotando sus débiles fuerzas, consumidas por la enfermedad pasada, la había postrado!

\* \* \*

¿Qué era de Hortensia á todo esto?

¿Cuál había sido su conducta despues de la seducción de su amiga Estela?

¿Por qué había contribuido tan eficazmente á la posesion de ésta por parte de X. . . , á quien prestó los servicios del mas activo Mercurio?

Cuestiones son estas que es preciso resolver para adjudicar á cada uno su parte de responsabilidad en los hechos que ya conocen nuestros lectores.

Y eso es lo que vamos á hacer en seguida á fuer de historiadores imparciales.

Hortensia, como se recordará, se levantó de la mesa aprovechando el arrobamiento de los dos amantes, á quienes dejó completamente solos.

Una vez fuera, se encaminó hácia el carruaje, subió en él, y, dentro ya, dió orden al cochero de que la condujera á su casa.

- Al llegar á ésta, dijo secamente á la mulata que la servía:

—Hoy no estoy para nadie!

La mulata hizo un signo afirmativo y dirijióse al interior de la casa.

Hortensia entró por la sala, que estaba abierta, cerró despues cuidadosamente la puerta, quitóse la mantilla y dejó caer su cuerpo sobre el sofá, como si estuviera rendido por una gran fatiga.

—He cumplido mi pacto inícuo!—dijo entonces hablando consigo misma.

Inícuo, sí; porque he pactado y contribuido á la deshonra de una amiga, pura como un ángel, inocente como un niño, bella como un lucero! A qué extremos nos conduce la pasion! En un acceso de locura somos capaces de arrostrarlo, de sacrificarlo, de enfangarlo todo! El amor es un tirano absoluto, un déspota caprichoso. Tiene sublimidades y bajezas: infunde actos que dignifican y elevan, é inspira las acciones mas viles y execrables: unas veces nos ilumina el espíritu con los mas vivos resplandores, y otras nos llena el alma de sombras, donde se abisma la razon! Yo, la muger orgullosa por escelen-  
cia;—la envanecida de los prestigios de la fortuna, la belleza y la posicion;—la que con solo pronunciar una palabra y fijar mis ojos sobre cualquier hombre, le vería caer rendidamente á mis piés, palpitante de amor, y pedirme como

una gracia suprema le permitiese besar el ruedo de mi vestido. . . . yo, enamorada, luchando indefensa contra el poder irresistible de una pasión tremenda!. . . . Y, lo peor de todo, sirviendo de *amiga complaciente*, de *intermediaria oficiosa*, abatiendo mi altivez, ajando mi dignidad!. . . .

Después de una breve pausa, continuó:

—Si al menos todos estos sacrificios que me degradan, colocándome al nivel de la peor ramera, me diesen el resultado que anhelo! Si consiguiese que Arturo me amara!. . . . Entonces sería feliz, y olvidaría los medios bochornosos empleados en la consecución de mis ardientes deseos: mi enlace con Arturo! X. . . . ejerce una influencia decisiva sobre él: á él debe todo Arturo: posición y bienestar; habiendo seguido siempre sus consejos al pié de la letra.—Mañana X. . . . le dirá: « Es menester que te cases, Arturo: el hombre tiene el deber de formar una familia, un hogar querido y respetado. Cada uno de nosotros, hasta los veinte años, es un sér puramente consumidor: vive del sacrificio común; á expensas de la labor colectiva: pero de ahí para adelante debe ser productor, es decir: debe como las plantas, echar raíces profundas y estenderse después sobre el terreno social, floreciendo mas tarde. Debe ayudar con el ejemplo y la acción á formar los vínculos de la familia humana, de que es miembro. »

Arturo le oirá; y es fácil que en su deseo de complacer á X. . . , á quien nada puede negar, le pregunte :

— « Y en dónde está la muger que yo necesito, la muger digna y abnegada, que quisiera unir su suerte á la mia ?

— Ahí tienes á Hortensia—contestarále — á Hortensia que te ama, y cuyo casamiento contigo no solamente me complaceria, sino que me causaria verdadera satisfaccion. »

— Oh! sí; es imposible que Arturo no complazca á su amigo y protector! volvió á decir Hortensia concentrándose.—Per otra parte, Arturo me ha dicho muchas veces que me amaba, y que á no ser su posicion se hubiera casado ya conmigo. ¿ Cómo dudarlo entónces? ¿ Cómo no dejarse mecer por tan lisonjera esperanza? . . . Sí! Arturo será mi esposo! Nueva serpiente, sabré fascinarle y enloquecerle: deramaré sobre él todas las seducciones, haciendo estallar su alma de pasion. Al fin seré feliz!

Despues, recayendo su pensamiento sobre Estela, exclamó :

— Pobrecilla! A esta hora habrás manchado ya tus vestiduras de ángel con el contacto de una impura pasion! Pero al menos te consolará el amor hasta olvidar, ¿ qué no se olvida? tamaño sacrificio. Yo haré cuanto pueda á fin de que tu existencia se deslize todavia alegre y tranquila. Si quemaste las palmas de tu virgi-

nidad en la llama de una pasión irresistible, puedes refugiarte aún en tu propio corazón, donde te sonreirá siempre un destello de felicidad, y en donde encontrarás, después de todo, el bálsamo que cicatrize tus heridas, por profundas que ellas sean! Sí; ambas hemos de ser felices, ó hemos de arrastrar juntas el fardo de nuestros dolores! El mundo ha de oír todavía los écos jubilosos que se escapan de nuestras almas, ó ha de presenciar el escándalo de nuestra caída en medio del estruendo del festín!

\*  
\* \*

El lector ha podido ver ya que Hortensia, al favorecer los amores de X. . . y Estela, lo hacia interesadamente.

Amaba con locura; y el objeto de su amor no la correspondia al extremo que deseaba.

Y decimos esto, porque aquel no era del todo ajeno al sentimiento que habia sabido inspirar á Hortensia.

Arturo, que tal era su nombre, según nos lo ha revelado ésta en su anterior monólogo, era un elegante jóven peruano, lleno de méritos personales, que corria con los negocios de X. . . , vastos y complicados.

Habiendo heredado éste al poco tiempo de inscripto en la Matrícula de abogados una fortuna considerable, no ejerció nunca su profe-

sion; limitándose á vivir de sus rentas que ascendian á ochenta mil pesos mensuales, procedentes de alquileres de fincas y lo que le producía un valioso establecimiento de campo: con todo lo cual corria Arturo, manejándolo como cosa propia.

Arturo conoció á X. . . en una situacion harto difícil y dolorosa.

Cuando la fiebre amarilla sembraba la muerte y el terror sobre Buenos Aires; el dia en que el flajelo hiciera mayores víctimas,—caian prostrados por aquel enemigo terrible Arturo y su madre anciana, único objeto caro que le vinculaba á la vida.

Arturo era á la sazón tenedor de libros de una casa inglesa, y ganaba tres mil pesos, cantidad con que subvenia á sus propias necesidades, así como al sosten de la autora de sus dias.

Una semana de enfermedad habia sido bastante para agotar sus recursos por completo, á tal punto de no tener despues para un pobre caldo.

Al cabo de este tiempo, Arturo se levantó y empezó á convalecer, fuera de todo peligro.—No sucedió así con su pobre madre, que seguía cada vez peor, hasta el décimo dia, en que falleció.

Desesperado Arturo, poseido de la pena mas grande que puede experimentar un buen hijo

ante desgracia semejante, salió de su casa, tomó un coche, el primero que encontró á mano en aquellos momentos, y se dirigió á la casa comercial de que era empleado, con el propósito de pedir un anticipo á cuenta de su sueldo, á fin de responder con él à los gastos mortuorios que la defuncion de su madre hacia indispensables.

Pero no encontró á nadie allí: sus patrones habian salido al campo el dia anterior, huyendo del contagio que se esparcia cada vez mas, como un sóplo de muerte, sobre la infortunada Buenos Aires.

Mas desesperado que nunca ante esta circunstancia que no pudo preveer su espiritu atribulado; creyendo morir en situacion tan impropicia, recorrió como un loco las calles desiertas de la ciudad, fijando sus estraviados ojos en todas direcciones, como si buscase algun sér á quien suplicar lo sacára de aquella situacion angustiosa.

Asi anduvo largo rato, vagando sin rumbo, hasta que al fin, al embocar á la Plaza de la Victoria, atinó á ver un jóven elegante que la cruzaba con paso firme y rostro sereno, en medio de aquel silencio sepulcral, interrumpido solamente de vez en cuando, por el tránsito de algun acompañamiento fúnebre.

Hizo parar el carruage que le conducía, tiróse al suelo, y, dirigiéndose resuelta y prontamente hácia el referido jóven, díjole:

—Caballero, un favor! Soy un desgraciado que acaba de perder al único ser que amaba en la vida, mi madre, víctima de la epidemia—Ambos fuimos atacados, y despues de varios dias de enfermedad en que gasté cuantas economías había logrado hacer, yo me levanté de la cama, habiendo sucumbido hoy mi madre. Ocurrió entonces á la casa de comercio en que estoy empleado como tenedor de libros, con el propósito de pedir un anticipo y costear con él los gastos de entierro; pero me encontré con que estaba cerrada, á consecuencia de que sus dueños habian salido ayer para el campo, huyendo del flajelo y de esta atmósfera mortífera. Loco, desesperado, sin saber á quien dirigir mis ojos en situacion tan horrible, he visto á Vd. en el momento en que cruzaba la plaza, y, sin tener el honor de conocerle, héme resuelto á solicitar de sus sentimientos la suma de mil pesos, cantidad con que creo poder conducir y sepultar los restos de mi madre en la última morada. Ruego á Vd, pues, señor, me rinda este señalado servicio, que se lo agradeceré mientras viva!

—Ha hecho Vd. perfectamente, jóven, dirigiéndose á mi en esta ocasion! contestó el desconocido, sacando de uno de los bolsillos de su pantalon un grueso rollo de billetes de Banco, y poniendo en manos de Arturo uno de ellos.

—Sírvasse Vd. aceptar esta friolera por el mo-

mento—dijo al entregárselo—y si necesita mas ahí tiene Vd. mi tarjeta con la direccion de mi domicilio. Crea Vd. que me será muy agradable servirle: su accion me ha revelado un buen hijo, y ese es un gran título hácia mi amistad, que ofrezco á Vd. sin limitacion ni reserva!

—Señor! mi reconocimiento será eterno, y trataré de hacerme digno de su bondad sin precedente! contestó Arturo de cuyos ojos se deslizaron algunas lágrimas de gratitud, como para probar á su benefactor en cuanto estimaba su valioso servicio.

Este se despidió del atribulado jóven con una lijera inclinacion de cabeza, continuando despues su camino interrumpido.

Arturo contestó aquel saludo, y subió nuevamente al carruage.

—Alma grande y generosa! decia mientras éste volaba por las calles.

—Madre mia! prosiguió:—Hé ahí el homenaje mas grande que podia hacerse á tu virtud! Dios es justo y misericordioso. La Caridad, á que consagraste tu vida, madre del alma, te sonríe hoy por mano de ese desconocido! Juro por tus sagrados despojos pagar esta deuda: descansa tranquila en esta seguridad, madre mia!

El carruage en que iba Arturo se paró.

Habia llegado á su casa.

Descendió de él metiendo la mano al bolsillo, de donde sacó el billete que acababa de recibir, con el propósito de pagar al cochero su servicio. Entonces pudo notar que eran cinco mil pesos, en vez de mil, los que el jóven le diera.

—No tengo cambio, señor:—se apesuró á decir el cochero:—me pagará Vd. despues que regresemos de la Recoleta.

—Y apropósito—agregó:—¿Desea Vd. un lujoso acompañamiento?

—Un coche de primera y este otro: nada mas; que estén aquí mañana á las diez! respondió Arturo, entrando á su casa.

Al dia siguiente, á la misma hora fijada, era conducida al eterno descanso la madre de Arturo.

Este permaneció ocho dias encerrado en su casa llorando como buen hijo la pérdida que acababa de experimentar.

Cuando salió á la calle, su primer diligencia fué visitar al Dr. X. . ., el generoso desconocido, á quien debió poder enterrar á su madre decentemente, en momentos en que los restos mas queridos eran arrojados por los mismos deudos á los carros que la Municipalidad habia puesto para este triste servicio.

X. . ., segun lo indicaba la tarjeta que pusiera en manos de Arturo, habitaba una hermosa casa de la calle del Parque.

—Caballero! dijo Arturo á X. . . cuando se presentó este á la sala, en donde aquel esperaba hacia cinco minutos ya:—Recien hoy he salido á la calle despues del fallecimiento de mi madre, y he querido saludar á V. antes que á cualquier otra persona.

—Es un honor que agradezco íntimamente, caballero! contestó X. . .; sonriendo amistosamente á Arturo.

—Su generosidad ha obligado profundamente mi gratitud, señor; y no hago con esto mas que cumplir un deber. . .

—Que no se hable mas de eso, jóven amigo. Si V. ha podido ver en mi conducta una buena accion, yo he descubierto en V., y ello me ha llenado de gusto, un buen hijo, un corazon tierno y una alma rica de grandes sentimientos— Quien ha ganado en este caso, soy yo, créalo V.; yo, que profeso á la santa memoria de mi madre la mas noble adoracion!

—Solamente las grandes almas, saben comprender los infinitos dolores! . . .

—Es un hecho, mi amigo: pero dejemos esta conversacion y pasemos á otra cosa. Creo que V. me dijo, si no lo entendí mal, que llevaba los libros de una casa de comercio. . .

—Efectivamente, señor.

—¿Quiere V. hacerse cargo de mis negocios, vivir conmigo, compartir mi mesa? . . . Seremos dos amigos; dos buenos amigos que se acorre-

rán en todas las situaciones. He simpatizado con V., siendo sus buenos sentimientos una prenda de que no desmentirá el concepto favorable que á su respecto me he formado. Tengo muchos amigos de circunstancias, de esos que pululan siempre á la sombra de los que poseemos bienes de fortuna; pero carezco de un corazón que me ame, de un amigo fiel y desinteresado!

—Tanta bondad, señor, solamente se puede pagar aceptando sus generosos ofrecimientos. Pues bien: yo los acepto: sabré hacerme digno de su confianza. Disponga V. en consecuencia de mí!

—Bien! Desde mañana, se alojará V. en esta casa. Quiero tenerle á mi lado; quiero que en tanto se lo permita su luto participe V. de mis diversiones, haciendo la misma vida que yo. La juventud, mi amigo, tiene para el mundo muchos prestigios, y para el hombre que sabe aprovechar sus años floridos, encantos poderosos, dulces halagos! Agregue V. á todo esto la influencia del dinero, y verá que no hay nada imposible bajo el sol: que todo está pendiente de nuestra voluntad!

—Mayormente cuando se ejerce para obrar el bien . . .

—Ó el mal! añadió X. . .: porque no se puede siempre ser escrupuloso en la elección de

los medios, en el sentido de darnos cumplida satisfaccion!

—Es verdad! respondió Arturo convencido.

Despues, levantándose de su asiento para despedirse de su protector, agregó:

—No quiero molestar mas á V.; mañana estarè aqui segun ha tenido V. á bien disponerlo: entonces me dará V. sus órdenes para cumplirlas! Hasta mañana, pues: gracias!

—Que V. lo pase bien, mi amigo!

\*  
\*\*

De este modo nació la amistad que se estrechó íntimamente despues, entre X. . . y Arturo.

X. . . profesaba á su amigo un cariño verdaderamente fraternal; cariño á que este se hacia cada vez mas acreedor velando por los bienes de aquel con un interés digno de encomio.

X. . . inició á Arturo en todos los episodios y secretos de su vida galante; y cuando éste, al cabo de dos años, se quitó el luto que llevaba por su madre, fué presentado por su amigo y protector á todas sus relaciones.

Eran inseparables.

Dos verdaderos amigos; Orestes y Pilades!

En el terreno de las empresas amorosas, eran dos *leones*, dos conquistadores terribles.

Arturo era lo que se llama un hombre amable

é interesante; y gozaba de gran partido entre las damas. Fino, atento, espiritual, cautivaba con sus maneras delicadas y las agudezas de su ingenio.

Era un digno compañero de X. . .: podia compartir con él la vida en todas sus exigencias, en todas sus faces y perspectivas.

\*  
\*\*

Una de las casas que mas frecuentemente visitaba Arturo, era la de Hortensia.

Conoció á ésta, y simpatizó con ella.

Por su parte, Hortensia, acostumbrada como estaba á leer en el corazon de los hombres, merced á esa experiencia que adquiere la mujer en los salones,—comprendió desde luego esa simpatía, sondeó el alma de Arturo, á la que encontró vírgen todayía; y lanzóse resueltamente á su conquista.

Cuando las mujeres emprenden una obra semejante, no cuentan nunca con la *huésped*.

—Voy á hacerme amar de Fulano, dicen, sin mirar que para ello tienen que valerse de la seduccion de todas sus gracias, y que estas despiertan una vez puestas en juego con un designio semejante, los deseos ardientes del hombre, que enjendran despues la pasion, de la cual son siempre ellas las víctimas.

Y esto es precisamente lo que sucedió.

Hortensia logró hacerse amar de Arturo ; pero Hortensia á su vez no solamente amó á este, sino que concluyó por idolatrarle, levantándole en su alma un culto ardiente.

Así pasó algun tiempo.

Arturo, que en medio de su amor hácia Hortensia, no habia olvidado nunca que no contaba con una posición pecuniaria bastante para casarse con aquella, porque, aunque disponia de la fortuna de su amigo X. . . no creyó jamás poder contar con ella para este fin,—empezó por eclipsarse de casa de Hortensia.

Iba solo de tarde en tarde; y esto, al estado en que las cosas habian llegado, concluyó por desesperar á Hortensia.

Fué entonces que, buscando el medio de que Arturo se casase con ella, ofreció servir á X. . . , protector y amigo de aquel, en el asunto de Estela, bajo la condicion de que influiría de todas maneras en el sentido de la realizacion de este deseo vehemente que abrasaba su corazon.

—Si la obra es coronada por el éxito, si consigo poseer en absoluto á Estela, habíala dicho X. . . .—lo de Arturo queda de mi cuenta!

Hortensia tenia veintidos años entonces.

Era bella é inteligente.

Sin fé alguna en la palabra de los hombres, no habia querido oír jamás las galanterías de ninguno de ellos.

La vida independiente que hacía despues de la muerte de sus padres, la fortuna de que era dueña, su juventud y hermosura,—habian contribuido á crearla una corte de adoradores que disputaban entre sí sus preferencias.

Pero Hortensia, como hemos dicho ya, no creía en el amor de los hombres.

Escuchaba sus lisonjas, pero no las daba importancia alguna.

No amaba á nadie, en una palabra, y á todos entretenia.

—Los hombres no saben—decía—que cuando una mujer tiene el corazon de piedra, insensible á sus insinuaciones amorosas, es invulnerable.

Pero Hortensia se equivocaba.

Su corazon no era de piedra.

No habia sido conmovido, agitado todavía por el amor: eso era todo.

Cuando se sintiese dominada por este tirano, sería tan débil y tan flaca como las demas mugeres. A este respecto no hay escepciones: todas son iguales.

Lo que pasó despues á la misma Hortensia es una prueba de lo que decimos.

¿No aseguró ella sonriendo maliciosamente, que iba á conquistar á Arturo, cómo aquel que sostiene que es capaz de tomar en sus manos una brasa de fuego sin quemarse?

¿Y qué sucedió despues?

Sucedió lo que era fácil esperar : que se hizo amar de Arturo, concluyendo por abrasarse en la llama que ella habia encendido.

Apasionóse vivamente de aquel, y desde entonces dejó de ser Hortensia la fortaleza inespugnable para el amor ; derritiéndose á los rayos de éste la nieve de su corazon de *pedra*.

Algo mas sucedió.

Arrastrada por su amor hácia Arturo, pactó el crimen, y se hizo cómplice de la deshonra de su amiga Estela, á quien perdió y sepultó en el lodo para siempre.

Este era el primer sacrificio que hacía en el ara de su pasión !

\* \* \*

Un mes despues de aquella escena de recriminaciones y promesas, pasada entre Estela y X. . . , en la cual concluyeron por acordar su salida de Buenos Aires—se encontraban estos en Montevideo, acompañados de Hortensia y Arturo.

Vivian juntos en el Hotel Oriental, habiendo tomado X. . . para el efecto, los mejores salones de aquel establecimiento.

El tiempo transcurrido desde el dia en que Estela habia dejado de ser la niña inocente y pura, para tornarse en la querida de X. . . ; las promesas que este la habia hecho de santificar esa

union por un subsiguiente matrimonio ; el cambio de aire, la presencia de otro mundo, el espectáculo de otras gentes — en fin — habian hecho recobrar á Estela su ordinaria tranquilidad de espíritu y que desplegara como nunca todas las galas de su singular belleza.

Hortensia habia cooperado poderosamente á esta mutacion. Solícita, cariñosa ; sintiendo como su amiga los crueles efectos de un amor que se agitaba entre la esperanza y la duda, entre la ilusion y el desencanto, entre las caricias del presente y las zozobras de un porvenir que no se presentaba bien claro para ella ; — tenia necesidad, imperiosa necesidad, de una amiga que la comprendiera, de un ser á quien, al comunicar sus impresiones agradables ó dolorosas, arrancara de su corazon un sentimiento simpático y piadoso, viviendo en la misma corriente de ideas, acariciadas por un solo consuelo ó consumidas por una misma pena.

Estela y Hortensia, eran, por este motivo, dos almas fundidas en una aspiracion.

Unidas, completada la una por la otra, podrían sufrirlo y resistirlo todo ; sobreviviendo al naufragio de sus esperanzas en la tabla del afecto recíproco y del comun interés.

— Si X. . . me engañara ; si, despues de haber ajado mi pureza virginal cubriéndome de un baldon eterno ; si, apesar de todo, se negase á remediar el mal que me ha causado : ¿ qué créas

tu que me restaria por hacer? habia preguntado Estela á su amiga un dia que estaban solas, tratando de su propia situacion.

—Romper con él, hija, despues de increparle duramente su infame proceder! contestó Hortensia.

Y despues añadió:

—Lo mismo que haria yo con Arturo si defraudase mis esperanzas. Somos jóvenes y bellas todavia para pasar por mas humillaciones. Y la peor baja que podíamos cometer, despues de haberlo sacrificado todo al cariño de nuestros pérfidos amantes, seria continuar amándoles, haciendo de dos miserables, de dos corazones corrompidos, el culto de nuestra adoracion!

—Bien! Pero y despues? . . . interrumpió Estela.

—Despues? . . . Sería lo que Dios quisiese, hija! ¿Acaso no lo hemos perdido todo ya? . . . ¿Crées, juiciosamente pensando, que nosotras podríamos aspirar á la honesta vida pasada, sin hacer prévia é indispensablemente nuestros esposos de los que hoy no son mas que nuestros amantes? Nó, Estela; no pienses en ello. Seríamos despreciadas, cruelmente despreciadas por esa misma sociedad que hoy ha lanzado ya nuestros nombres al escarnio de la maledicencia, y que antes nos hiciera objeto de sus distin-

ciones y consideracion. Yo no volveré á Buenos Aires sino casada con Arturo: hé ahí mi resolucion inquebrantable!

—Si X. . . no me cumple supromesa de enlazarse conmigo, tampoco volveré á Buenos Aires.

—Queda, pues, trazada nuestra conducta ulterior. Ahora solo nos resta esperar algun tiempo. Bañemos nuestro espíritu, mientras tanto, Estela, en las corrientes de ilusion en que hoy todavia nos ajitamos. Llevemos á los lábios el néctar de la dicha, que nos brinda el amor satisfecho en la copa de la esperanza! Seamos, sobre todo, mas filósofos, amiga mia. Si del floron de nuestra alma se deshojan algunos nardos y jazmines, esperemos el regreso de la primavera, que ella vestirá de nuevo los troncos escuetos y pelados. *Olvidemos, riámos y esperemos!* Tal debe ser nuestro lema en el presente. ¿No te parece Estela?

—Sí, querida, sí: esperemos! Será mejor!

\* \* \*

Por lo que antecede, el lector habrá venido en conocimiento de una cosa: que Hortensia era ya la querida de Arturo: que ella, como Estela, habia cedido á los impulsos de la pasion, entregándose en los brazos del que amaba.

Cómo se habia operado la caida de Hortensia, es cosa que ignoramos completamente. Todo

lo que sabemos es que Arturo habia contraído el compromiso de casarse con ella.

Sabemos tambien, que en la época en que Estela y Hortensia adoptaron la resolucion de esperar, consignada en su conversacion anterior, espiraba el segundo mes de residencia de nuestros personajes en Montevideo y que esta circunstancia habia hecho dudar á las dos mujeres de la sinceridad de las promesas de sus amantes; razon por la cual se preparaban para todo evento ulterior.

¿Cómo pensaban, entre tanto, X. . . y Arturo, despues de este tiempo transcurrido?

Fácil nos será penetrar en su corazon y conocer sus sentimientos, asistiendo á la hora de sus mútuas confiancias.

Son las doce del dia.

Tomado el uno del brazo del otro, paséanse nuestros dos amigos por una de las plazas públicas de Montevideo.

—Creo, X. . ., dice Arturo á su compañero, —que debemos casarnos ya con nuestras queridas: el honor nos impone este deber.

—Déjate de honor, Arturo; en estos lauces no hay delicadeza comprometida!

—Fijate en una cosa, X. . .; hemos perdido dos niñas decentes y distinguidas de Buenos Aires, dos niñas puras que nos aman, y á quienes haremos doblemente desgraciadas abandonándolas al azar de una suerte dudosa.

—No pienses en semejante cosa, amigo mio. Ellas sabrán sacar el mejor partido de su situación: son bellas, jóvenes, interesantes y se consolarán en breve de nuestro abandono. Un nuevo amor, tal vez un casamiento ventajoso, las volverá la dicha perdida. Ambas se profesan cariño, ambas están unidas por el vínculo de una misma desgracia, su caída, y no se separarán nunca. Yo conozco á las mujeres mejor que tu; tienen mas fortaleza que nosotros en los supremos instantes, y cuentan con mayores recursos tambien. Al fin y al cabo, ninguna de nuestras queridas se podrá quejar, con razón al menos: nos han amado y han sido amadas igualmente por nosotros. Hortensia tiene fortuna, puede desafiar la miseria. Estela, por su parte, tiene una belleza y una alma que valen tanto como aquella. De estas dos grandes cualidades con que ha sido dotada por la Naturaleza, puede sacar inmensas ventajas. Preparemos, pues, nuestra separacion, y déjate de escrúpulos de monja. Digámoslas adios; enviémoslas nuestra despedida, y que Dios las ayude!

—¿Estás verdaderamente resuelto á ello? interrogó Arturo como dudando de lo que escuchaba.

—Verdadera y firmemente resuelto! contestó X. . .

—Pues bien! Aunque mis sentimientos me

arrastran á cumplir la promesa que tengo hecha á Hortensia, no puedo oponerme á tu voluntad ; y romperé tambien con la pobre ! Al efecto, dentro de ocho dias, y á pretesto de tus negocios, de los cuales estoy encargado, me embarcaré para Buenos Aires.—Tu quedas en Montevideo hasta que yo te escriba. En mi carta te diré que estoy enfermo y en un estado grave, circunstancia que hace absolutamente necesaria tu presencia en Buenos Aires. Con tal motivo, te embarcas para aquella ciudad, despues de haber comunicado, se entiende, la causa de tu viaje á Estela y Hortensia ; lo que verificarás simulando un gran pesar, un profundo sentimiento. ¿ Qué te parece mi plan ?

—Soberbio ! y que lo ejecutaremos sin discrepar en lo mas mínimo !

—Convenido.

—Que no se hable mas del asunto, y continuemos como hasta aqui mostrándonos tiernos y apasionados de nuestras queridas.

---

Tal era el sentir de X. . . ; y, aunque en pugna con los dictados del corazon de Arturo, el camino que él debia adoptar tambien obligado por la resolucion de aquel, relativamente á las dos mujeres.

El porvenir de estas se podia preveer desde aquel momento.

Mas adelante veremos como se cumplió.

\* \* \*

En el mismo *Hotel Oriental*, en donde vivian Estela y Hortensia con su respectivo querido, paraban un Médico y un Coronel.

El Médico llamábase Nuñez Garcia, oriundo de España, que realizaba un viaje científico á la América del Sud.

Tendria treinta y ocho años ; y era alto, moreno, de ojos pardos y espresivos, frente ancha y luminosa, cabellos negros y ondulantes, boca pequeña, cubierta por un espeso bigote, nariz aguileña, y un pecho levantado, fuerte, bien construido, que demostraba la energía de su rica organizacion.

Todo su conjunto era agradable y simpático.

El Coronel, su compañero, era argentino y tendria cuarenta años, próximamente.

No tenia la estatura del médico, pero no podia tachársele de bajo.

Su rostro era noble; ennoblecido aun mas por una honrosa cicatriz que cubria una parte de su frente, y por una barba poblada que empezaba á tomar ese tinte lijeramente azulado, precursor de las canas.

Habia en él toda la bizarría, toda la marcial apostura, de nuestros militares distinguidos, de esa falange de bravos entre la que se contaban caballeros como Martínez de Hoz, Mitre, Gaspar Campos, Francisco del Prado y tantos otros gefes que hicieron la campaña del Paraguay, dejando bien puesto el nombre argentino.

Sus ojos negros, dominantes por la fuerte espresion que les comunicaba el brillo extraordinario de sus pupilas, —tenian algo tan tierno en medio de todo, que, cualquiera que los observase atentamente un momento, no podia menos que simpatizar con el Coronel.

Al frente del enemigo, en medio del combate récio, aquellos ojos debian abrasar con la esplosion de sus rayos de cólera.

En un salon, y entre damas, esos mismos ojos debian tener toda la dulce claridad de un resplandor de luna entre las flores; ó la suave y plácida seducción de un albor matinal en un grupo de diáfanos celajes, especie de ensueños cándidos que flotan caprichosamente sobre la frente sonrosada de la Aurora.

A juzgar por lo que se notaba á primera vista de estos ojos singulares, el Coronel debia tener el alma de un Titan con todas las ternuras y languideces del alma soñadora de una mujer.

Era, pues, nuestro gefe, todo un hombre; y un hombre fuertemente simpático y seductor, por

las circunstancias favorables con que á poco que se le estudiara se hacia notar.

El Médico y el Coronel, habian tenido ocasion de ver y admirar la hermosura atrayente de Estela y Hortensia.

El uno habíase dicho con relacion á la primera:

—¡Qué bella es! ¡Cuánto no diera por que se enfermase para tener la suerte de prodigarla los cuidados de mi ciencia!

El otro habia exclamado tambien refiriéndose á Hortensia:

—Atacar esta fortaleza y rendirla seria mi mayor gloria militar! Ahí veremos!

Por su parte, Hortensia habia hecho notar á Estela, la presencia del Médico y el Militar, diciéndole:

—¡Qué mirada y qué bizarria la del hijo de Marte, hija!

—¡Qué apuesta y distinguida figura la de su compañero! habia contestado Estela.

De este modo, y sin haberse cambiado una sola palabra entre el galeno y Estela, entre el Coronel y Hortensia,—habíase establecido entre ellos ya una corriente simpática.

Era esta la base de una mirada y un saludo que, contestados, podian producir al dia siguien-

te un diálogo corto; y algun tiempo despues, una conversacion de un cuarto de hora, que fueran el principio de una relacion franca mas tarde.

En amores todo está en empezar.

Si encontrais en vuestro camino una mujer que os llama la atencion por su porte, sus maneras ó su hermosura, y la mirais fijamente sin decirle despues nada, es natural que no lograreis su conquista, porque ella, aunque notara el efecto que en vosotros habia causado, simpatizando tal vez con algo que os pertenece, con vuestros ojos, con vuestro cabello negro y ensortijado, ó con todo el conjunto de vuestra fisonomía y persona,—no os dirigirá la primera la palabra, ni podrá, siquiera sea indirectamente, manifestaros sus sentimientos; porque se lo prohiben su sexo, su educacion y ese espíritu sutil inherente á su naturaleza, de que Dios la ha hecho merced, y por el cual comprende todos los peligros de la posicion de aquella que olvida las conveniencias que está obligada á guardar en sosten de su propio decoro. Y la mujer se cuida mucho de las formas, conservando las susceptibilidades de que ha sido rodeada desde la cuna. Pero si, por el contrario, os arrimais á esa misma mujer, y la dirigís la palabra con cualquier pretexto, por fútil que sea,—tenedlo por seguro que os contestará, siempre que vuestra conversacion gire en un orden de ideas respetuoso,

sin zaherir ni levemente los escrúpulos de su organizacion nerviosa y delicada.

Asi habreis empezado ; y, como os lo he dicho ya, en materias galantes todo está en empezar.

Lo demás viene de suyo, cae de su propio peso, pòr poco que os molesteis.

\* \* \*

Los ocho dias acordados por X. . . y Arturo para dar principio al rompimiento de las relaciones con sus queridas, estaban para vencer ya.

¿Qué plazo no se cumple por largo que sea?

La noche anterior, Arturo habia dicho á Hortensia despues que se hubieron recojido :

—Tengo imprescindible necesidad de encontrarme pasado mañana en Buenos Aires. Los negocios de X. . . han sido descuidados y reclaman mi presencia por ocho dias, cuando menos.

Al cabo de ese tiempo estaré aqui otra vez y no nos separaremos mas.

—¿ Y no habias constituido un apoderado ántes de venirte á Montevideo ? preguntó Hortensia echando sobre su amante una mirada investigadora.

—Sí,—repuso éste :—pero es el caso que aquel ha faltado á los deberes que le impuso el poder

que recibió: no nos ha hecho las remesas acordadas, y esto no me augura nada bueno—Además, necesitamos fondos; apenas tenemos entre X. . . y yo *doscientos* patacones.

—Yo tengo dinero, Arturo;—replicó entonces Hortensia:—hoy he recibido precisamente un jiro por *cuatro mil nacionales*, hecho por mi apoderado contra el Banco de Londres. Asi es que si tu viaje no responde á otra necesidad, es inútil que te muevas de Montevideo.

—Nó; no es esa la única razon que me lo impone, Hortensia. Los negocios de X. . . me reclaman sin dilacion; y aunque me sea penoso separarme de tí, aunque lo sienta mucho como debes suponerlo,—me embarcaré en el próximo vapor, en el vapor de mañana. Trataré, si, de que el regreso sea inmediato, lo mas pronto posible.

—Si tan urgente te es realizar ese viage, véte, Arturo; parte para Buenos Aires. Pero al menos escíbeme mientras estés ausente: que sepa yo de tí, ya que no pueda tenerte á mi lado como lo deseo!

En efecto: Arturo embarcóse para la capital de la República Argentina el mismo dia que señalara, el siguiente en que esta conversacion habia tenido lugar.

Hortensia no tragó la *pildora*; es decir: no creyó en nada de lo que Arturo la dijo con respecto á la necesidad de su viaje.

Así se lo manifestó al otro día á su amiga Estela, cuando volvieron á quedar solas en el Hotel.

—Crée que me ha engañado! dijo: piensa que yo quedo muy satisfecha de sus amaños y embustes! Que Dios lo ayude!

—¿Y será capaz de una infamia semejante? interrumpió Estela.

—Sí, querida, sí; el viaje de Arturo no es mas que un pretesto; el principio de nuestro abandono! X. . . hará lo mismo contigo: son dos hombres sin alma, dos hombres viles y corrompidos! Hace tiempo que yo esperaba esto; no me toma desprevenida, no! Si los propósitos que ambos abrigaban hácia nosotras hubieran sido sanos y elevados, nos habrían hecho ya sus esposas: bastante tiempo han tenido! Resígnate, Estela; la misma suerte te espera!

—Yo creo que te equivocas, amiga: Arturo te ama, y volverá; no tengas de ello la mas mínima duda!

—Tu eres quien se engaña en este caso, Estela, porque no conoces como yo el corazón de los hombres.—Tu inesperienza y tus vírgenes sentimientos te hacen ver siempre las cosas por el lado bueno: tu alma no penetra en el abismo del crimen donde se agita la de esos miserables; tu intelijencia no conoce el sofisma, ni sabe distinguir la ficcion de la realidad! Nuestra situacion va á ser en breve dolorosa y cada

vez mas difícil. Anonadadas por el estigma social, torturadas por nuestra propia conciencia, de donde levantarás el fantasma del remordimiento á inquietarnos el sueño, y á açibarar nuestras fugaces alegrías, ¿qué será de nosotras, cuál será nuestro fin, Estela? . . .

—Dios nos tendrá compasion, Hortensia; y nos dará las fuerzas bastantes para soportar el infierno de nuestra vida, si es que desgraciadamente hemos de ver realizados nuestros temores!

—Ojalá me engañase, Estela! Entonces podríamos esperar todo todavia. . . Pero no te hagas ilusiones; mide con calma y sangre fria el abismo á cuyo borde nos encontramos, y hazte de fuerzas para, si necesario fuera, rodar por el precipicio con espíritu fuerte y sereno; y si nuestro sino es sucumbir, sucumbir por lo menos con valor, con el valor del mártir que desafía á sus verdugos!

¿Qué sacaríamos, al fin, despues de todo, con atribularnos? Nada, Estela! Consumiríamos nuestra vida estérilmente, luchando con una larga y desesperada agonía. Para sentir el abandono de nuestros amantes, es menester continuar amándoles, y yo, amiga mia, desde que medí la infamia del proceder de Arturo, no le amo, nó; le ódio, le aborrezco por el contrario, con todas mis fuerzas! A aquel amor vehemente que supo inspirarme, ha sucedido la

tibieza; á la fascinacion irresistible que deramó el pérfido en mi alma ha reemplazado el desencanto y el hastío! Mi corazon está ya, puede decirse, libre de toda inquietud por lo que hace á aquel amor, que duró lo que las flores: una mañaua! Estela, fortifiquemos nuestro espíritu en la fé del mañana, y dejemos correr los dias sin dolor!

—Tu desgracia, Hortensia, no podrá igualarse jamás con la mia! En efecto: en tu abandono, tu no tendrás mas que un remordimiento: tu debilidad! Yo, en cambio, al deplorar la que tan infeliz me ha hecho, lloraré siempre con lágrimas de sangre las consecuencias funestas que trajo aparejadas: la locura de mis padres! Este solo recuerdo, Hortensia, cuando el de mi falta no me atormentase, será suficiente á envenenar mi vida! . . . Soy muy desgraciada, amiga mia! . . . Por lo demás, yo, como tu, he visto caer de mis ojos la venda de ilusion que los cubria. Soñé un paraíso en el amor de X. . . y desperté despues á las realidades de un infierno. Juzgué friamente su conducta y me horrorizé de la maldad que la inspirára! En esa alma negra no se hospeda un solo sentimiento elevado: solo se ajitan en ella las bajas pasiones en el tropel y con el sordo rumor del crimen—Mañana, al abandonarme, mientras él se jacta ante sus amigos de su nueva conquista,—yo quedaré en suelo es-

traño, llorando males que no podré remediar en medio de mi amargura. Hortensia! soy muy desgraciada, ¿no es verdad? . . .

—Sí, hija: pero es preciso al fin resignarse con su suerte. La nuestra no es problemática ni dudosa; está ya trazada de antemano! Ea! valor entonces, Estela; dejémosnos de jeremiadas! No ajemos nuestras gracias con el llanto de la desesperacion! Mientras seamos bellas la dicha y el placer nos han de sonreír; y hemos de olvidar todavía, porque el olvido es el supremo bien que el cielo ha reservado á las almas que sufren!

—Olvidar! sí; Dios quiera que olvidemos!

—Para el efecto, es menester distraerse, esparcir el ánimo en agradables pasatiempos. Vámosnos á pasear, Estela: es necesario ahogar nuestras penas, aunque para ello pidamos despues al vino su embriaguez y sus alegrías! Mientras te vistes, voy á enviar por un carruaje.

\* \* \*

Dos horas mas tarde, las miradas y la atención públicas, fijábanse curiosas en Estela y Hortensia que lucian su sin par hermosura en un magnífico carruaje descubierto.

Recorrieron las calles de Montevideo, obser-

vando lo que mas digno de observacion encontraban.

Consiguieron en parte lo que se habian propuesto al salir de paseo: distraerse, olvidar!

Cuando regresaron al hotel, era ya entrada la noche.

X. . . las esperaba hacia un buen rato.

—Muy bien, señoras! las dijo sonriendo, me complazco sobre manera de ver que se procuran diversiones—Las hermosas son como las flores: necesitan aire y sol para conservarse frescas y galanas!

—Asi lo hemos comprendido, caballero! contestó secamente Estela, afectando indiferencia.

—Nos hemos divertido mucho! exclamó Hortencia. Y despues añadió:—A la verdad que no creia fuera tan bonito Montevideo. Y cuánto caballero elegante hemos encontrado! Es menester divertirse, Estela; es preciso abandonar las cuatro paredes de nuestro alojamiento, y recrear la vista, y alegrar el corazon!

—Asi lo haremos, pierde cuidado, amiga mia! respondió Estela quitándose la gorra y poniéndola sobre la mesa.

—Les repito que obran ustedes muy sábiamente! prorrumpió X. . .

—Gracias per el parecer! repuso la querida de éste.

Momentos despues, se hallaban en el come-

dor, donde se conversó, comió y bebió alegremente.

Las dos amigas no dejaron traslucir á X. . lo que sentían.

Hablaba en ellas el orgullo, sobrepuesto á todo sentimiento.

\* \* \*

Así pasaron quince días.

Arturo no había escrito una sola línea á Hortensia, apesar de su promesa de hacerlo.

Por su parte, Hortensia, no había vuelto á ocupar tampoco su pensamiento en aquel.

Se pagaban en la misma moneda.

Estela, á su vez, despues de lo que la había dicho Hortensia sobre el porvenir que preveía,— manifestábase un tanto alejada de X. . .

Había conseguido arrancarse poco á poco el resto de cariño que aun le quedaba por su amante, despues de aquellas revelaciones confirmadas ya de un modo indudable, por la dilatada ausencia de Arturo, y el silencio que guardaba con respecto á Hortensia, á quien tenía el deber de comunicar sus proyectos futuros, cualesquiera que ellos fueran.

El afán de nuestras bellas se había limitado á una sola cosa : divertirse !

En el día, salían en carruaje, iban á los alre-

dedores de la ciudad y visitaban todos los lugares pintorescos que ella contaba.

De noche, verificaban á pié sus paseos por las principales calles, ó asistian al teatro.

En todas partes, eran las favorecidas de la atencion pública. Hombres y mujeres, todos espresaban á la vez su admiracion y simpatías por las *Bellas porteñas*, como eran designadas por los *dandys* orientales.

Una noche, al regresar de una representacion en *Solís*, se encontraron á la puerta del hotel con el Médico y el Militar.

Ambos se inclinaron respetuosa y galantemente ante nuestras dos mujeres, las que contestaron el saludo de que eran objeto con un gracioso movimiento de cabeza.

El Médico dió algunos pasos entonces, y, dirijiéndose á Estela, sombrero en mano, la dijo:

—Señora! el caballero su esposo, me ha confiado al partir hoy para Buenos Aires, la grata mision de entregarla esta carta!

Y el Médico puso, efectivamente, en manos de Estela una carta cerrada.

—Mil gracias, caballero! contestó Estela sonriendo hechiceramente al galeno en tanto que tomaba aquella carta.

—No he querido demorar su entrega, siendo esa la razon porque esperábamos el regreso de ustedes con mi amigo el coronel.

—Son ustedes estremadamente galantes, caballeros;—contestó Hortensia! Eso nos obliga á responder con otra atencion: ofrecer á ustedes nuestra casa y nuestros servicios.

—Nos haremos un honor en aceptar la primera, señoras! repuso el Médico.

—Que ustedes lo pasen bien, caballeros.

—A los piés de ustedes, señoras!

Estela y Hortensia entraron á sus habitaciones y encendieron luz.

—Qué te parece? exclamó Estela, mientras rompía el sobre de la carta de X. . . .

—Que no me habia engañado! replicó Hortensia.

Estela lee:

«Hoy parto para Buenos Aires.

«Este viaje es el resultado de una tranquila meditacion.

«Nuestras relaciones deben terminar, allí donde termina el afecto que las formó.

«Me he reconcentrado; hé interrogado serenamente á mi alma y ella me ha respondido:

—«Tú no amas á Estela, ni podrás amarla tampoco: rompe los vínculos que á ella te ligan!

«Ya ves que no podemos continuar.

«Conservaré, sí, siempre fresco en la memoria el recuerdo de las horas de felicidad pasadas á tu lado.

«Ese recuerdo será la lápida de mi alma, muerta para cualquier otro amor!

« Que seas tú feliz, son los votos sincēros de :

X. . . . »

—Infame! Dios quiera que te trague el mar! prorrumpió Hortensia llena de noble indignacion.

—Nó, hija ; al contrario : que viva para que pueda ser devorado por el remordimiento de su mala accion ! dijo Estela desfalleciendo.

Hortensia la sostuvo para evitar que cayera.

Una palidez densa y mortal habia cubierto todo su semblante.

Su amiga derramó sobre sus sienes un frasco de esencias :

Despues, haciendo un esfuerzo supremo, levantóla en brazos y condújola á su cama, en donde la desnudó, cubriéndola cuidadosamente.

Un rato mas tarde, Estela prorumpia en un llanto acerbo y conmovedor.

Si X. . . hubiera podido ver aquellas lágrimas, presenciar aquel dolor,—habria sentido estremecerse su corazon de roble ; retrocediendo ante el mal que causaba con su abandono á la que solo delinquirió de una manera: amándole !

Pero X. . . no vió, ni pudo ver, esta escena desgarradora : estaba separado á esa hora de Estela por una larga distancia.

Hortensia consoló á su amiga.

—El infame!—la dijo cuando hubo recobra-

do el uso de todas sus facultades—no merece tus lágrimas generosas: su accion ha sido digna de su alma prostituida, manchada por todos los vicios! Tu deber hoy es conservarte y esperar en mejores tiempos. Ellos vendrán, no lo dudes; ambas hemos de ser felices todavia. Somos dos flores que ha tronchado el huracan, dos flores mústias que han de encontrar un surco en la tierra en que depositar sus semillas, produciendo nuevas y hermosas florescencias! Nuestra alma es esa simiente fecunda: nuestra juventud y nuestra belleza alumbradas por el sol de la felicidad, ostentando las galas primaverales,—serán esas florescencias! No llores, Estela; no lo hemos perdido todo todavia; aún hemos de ver lucir para nosotras dias serenos y bonancibles!

Por lo que antecede, se vé que X. . . no llenó el compromiso contraido con Arturo, respecto á la manera como habian de romper las relaciones existentes entre ellos y sus queridas.

Cuando X. . . recibió la carta convenida en que se le anunciaba la *enfermedad* de su amigo, se conformó con decir:

—Si las leyera esta carta, es muy posible que se aperciesen de nuestro plan: guardaré silencio sobre el particular, y será mejor. Sí; será mejor! En cambio, me embarcaré mañana, dejando una carta para Estela, carta que entre-

garé al Dr. Nuñez Garcia, quien, segun parece por lo que he podido notar, me agradecerá el que le ofrezca una ocasion propicia para acercarse á Estela y trabar conocimiento con ella. Lo dicho! mañana dirijiré mi rumbo hácia Buenos Aires!

\* \* \*

Tres dias despues, Estela y Hortensia recibian al Médico y el Coronel, en su primer visita.

Estos se manifestaron atentos y cumplidos, como cuadraba á dos caballeros.

Aquellas, agradables y obsequiosas, resultando de lo espuesto que lo que no era mas que una lijera inclinacion del uno por el otro antes de tratarse, había concluido por una viva simpatía, despues de una hora de conversacion.

Esta giró sobre todo lo que es propio de una primera visita; haciéndose cada uno de nuestros personajes, recíprocamente, aquellas preguntas naturales de quienes traban reciente amistad.

Cuando se hubieron despedido las nuevas visitas de las bellas abandonadas, se oia este diálogo en el cuarto del Médico y el Coronel:

—*Médico.*— ¿Sabe, Coronel, que sus compatriotas son encantadoras? A una belleza peregrina, á una soberana distincion, reunen eso que los franceses llaman *sprit*, sutileza de inje-

nio, imaginacion rica, de la que se sirven para animar cualquier conversacion, por insignificante que sea.

—*Coronel*—Esa es una especialidad de la tierra, amigo mio. Allí, en la República Argentina, todas las mujeres son hermosas é interesantes. A la belleza griega, es decir; á la esbeltez de las formas, á la pureza de las líneas y la suavidad de los contornos, añaden las argentinas, y especialmente las porteñas, el génio de la francesa, el *chic* de la parisiense.

—*Médico*—Si he de juzgarlas por las dos que he visto, por la divina Estela, sobre todo, aquella es la tierra de las mujeres bellas, Coronel.

¡Qué felices deben de ser ustedes en aquel cielo, rodeados de ángeles tan seductores! Yo no sé por que Estela ha despertado en mi tan vivo interes, impresionándome tan dulce, tan tiernamente. Le aseguro que en mis largas peregrinaciones científicas no he encontrado jamás en mi camino un sér con quien haya simpaticizado al extremo que con éste! Y eso que he conocido mugeres bellas; pero ninguna se ha insinuado á mi alma tan sutil y encantadoramente como ésta! ¡Qué rayos los de su mirada, qué mágia la de su belleza, qué timbre tan juvenil el de su voz! Al verla, se crée uno encontrar en presencia de un fantasma hechicero, de una de esas imájenes ideales que pueblan los sueños de la primera edad. Toda ella respira

poesia; rodéala una atmósfera luminosa, saturada de un fuerte perfume de inocencia, que subyuga y enternece inevitablemente. . .

—*Coronel*—Segun parece, doctor, la porteñita se le ha entrado á V. por la *rendija del alma*, como se dice en el pintoresco lenguaje de nuestros gauchos! No vamos á salir despues con que en lugar de escursiones científicas en esta parte de América, realiza V. viajes de placer, sobre la cubierta de la blanca y gallarda nave de Himeneo. . .

—*Médico*—; Quién sabe, Coronel! La ciencia no está reñida absolutamente con el amor! Pero V. que mira la paja en mis ojos no ha observado la viga en los suyos; ó lo que es lo mismo, V. se ha fijado en la impresion que aquella niña me causára y no se ha apercibido de la honda sensacion que su interesante compañera ha producido en V. No crea que por estar consagrado especialmente á la virgínea Estela, haya pasado desapercibido para mí el animado diálogo sostenido entre V. y Hortensia! Sea V. franco y confiese que lo que no ha podido el enemigo en un dia de batalla, —dominar su serenidad de espíritu,—lo ha alcanzado aquella hermosa con los rayos de fuego de sus ojos!

—*Coronel*—Si dijera á V., doctor amigo, que Hortensia me es del todo indiferente, le engañaría; y yo no sé mentir. Pero de eso á encontrarme ya en el caso que V. se imagina, juzgan-

do por lo que por su alma pasa, hay su gran diferencia, créalo, doctor : tal vez mas tarde, cuando haya tratado con mas confianza á esa dama, pueda dominarme la pasion. Hoy por hoy, ella no me inspira mas que simpatia.

—*Médico*—De la simpatía al amor no hay mas que un paso, Coronel !

*Coronel*—Lo sé, doctor; pero hasta que yo no le haya dado, permaneceré como estoy : unido á Hortensia por la simpatía, y nada mas !

*Médico*.—¡Cuidado, amigo mio ! En estas vidriosas cuestiones, tratándose de sentimientos que surjen espontáneamente, no se puede mandar al corazon : se le obedece simplemente !

*Coronel*.—Ya lo veo, doctor : su propio ejemplo me lo demuestra. Pero vámonos á dormir, que acaban de dar las doce ! harto tiempo tendremos despues para ocuparnos de nuestras interesantes vecinas.

Dicho lo cual, el Coronel dió las buenas noches á su amigo y pasó á su dormitorio.

El Médico arrimó entonces una silla á la mesa, de la cual tomó un libro, y púsose á leer durante una hora todavia antes de recojerse.

—Tengo miedo, Hortensia, despues de todo lo que he sufrido, de aficionarme de ningun hombre ! habia dicho Estela á su amiga, una vez que

se despidieron Nuñez Garcia y el Coronel, al ser interrogada por aquella sobre qué le habia parecido el Médico.

—Pues, yo, querida—habíala respondido Hortensia al ser preguntada por su amiga sobre el particular—he simpatizado vivamente del arrogante militar; y poco ó nada tendré en cuenta de lo que me ha pasado, si consigo hacerme amar de él!

—Envidio, Hortensia, tu humor para todo!

—¿Y qué? . . . ¿Hemos de estar, acaso, eternamente acongojadas por el abandono de nuestros amantes? ¿Hemos de guardarles luto toda la vida? . . . Ni que hubieran muerto adorándonos, amiga mia!

—Conozco que no dejas de tener razon en lo que dices; pero qué quieres, yo no puedo prescindir de ciertos escrúpulos. . . .

—Déjate de escrúpulos, tonta, y dime: ¿qué te ha parecido el Médico? ¿es, como lo he supuesto, un tipo interesante, un hombre amable?

—Un cumplido sujeto, Hortensia; un hombre de un trato ameno, de maneras delicadas, de un gran talento, con quien no se puede menos que simpatizar.

—Lo que quiere decir que ha despertado tus simpatías?

—Sí.

—Pues bien: entonces no hay mas que empen-

der campaña contra él y su compañero: á este déjalo por mi cuenta!

—¿Y á qué fin, buscando qué, si te parece contestarme, Hortensia? . . .

—Vaya que continuas siendo inocente, Estela: es claro que con el santo fin de que nos amen!

—Y despues?

—Ser tuyas.

—Es decir, entregándonos incondicionalmente? . . .

—Incondicionalmente!

—Lo que significa que tomaremos un nuevo amante?

—Es claro! O creés tú que podemos despues de nuestra *caída* pretender otra cosa, aspirar á un esposo? . . .

—Nó, pero. . . .

—No hay pero que valga, Estela!—En la fatal pendiente en que nos hallamos colocadas, no podemos optar mas que á dos caminos: á ser *Hermanas de Caridad* en espiacion de nuestra falta, ó arrastrar la vida de las cortesanas!

—Prefiero el primer camino, Hortensia.

—Está bastante erizado de espinas para que yo pueda recorrerle!

—Sin embargo, él nos rehabilitará.

—Te equivocas! para nosotras no hay rehabilitacion posible; y entre sacrificarnos por un mundo ingrato, que no sabe premiar las buenas

acciones, á tener un cubierto en el banquete de la vida procurando por el aturdimiento ó el placer, el olvido de nuestras penas ;—debemos quedarnos con lo último, Estela. Persuádete que no hemos nacido para respirar el aire mefítico de los hospitalesufriendo todas las intemperies—Nuestro rol está en el movimiento, en el eterno bullicio del mundo. Nuestro corazón necesita para vivir la atmósfera templada y aromática de los salones, la irradiacion sempiterna de sus mil luces, las frases tiernas, las galanterias delicadas, que son el rocío vivificante de las almas jóvenes!

—Te oigo, me confundo, y vacilo despues, Hortensia ; tan bien sabes pintar las escenas de la vida. . .

—La verdad, hija, la verdad simplemente! Y despues de todo, ¿ te imaginas que la vida de las cortesanas no tiene sus encantos ?. . . Recorre la memoria por todas las épocas de la humanidad, y te convencerás del rol importante que han desempeñado en los destinos del mundo. Estiende tus miradas hácia Grecia, hácia la Grecia de Pericles, del tiempo de Anaxágoras, el Maestro de la filosofia ; de Fidias y Praxíteles, los génios de la estatuaria ; de Apeles y Zeuxis, los artistas inspirados del pincel y la paleta! Contempla esa Grecia, repito, y verás al lado de Esquilo, Sófocles y Eurípides que se disputan entre sí el lauro de Melpómene, á Aspasia, querida primero y despues esposa de Pe-

ricles, empuñando el Cetro del amor con todos sus refinamientos, en abierta lucha con Laïs y Frínea, que rodean su extraordinaria belleza de todas las seducciones de los sentidos, en medio al esplendor del lujo, que no brilla tanto, empero, como su privilegiado talento. Todas estas bellezas comprendieron que la vida no tiene objeto sin el amor y el placer, é hicieron de estos dioses el culto ardiente de su existencia.—La *Dama de las Camelias*, la heroína de Dumas, es la cortesana de todas las épocas y de todos los pueblos: es Mesalina, es Lucrecia Borgia, que á su desenfrenada lubricidad, á su peregrina hermosura, al prestigio de la cuna y el poder, asociaba la nefanda celebridad del puñal y el veneno! Es Catalina de Rusia, que llevaba su impudor hasta hacerse votar grandes sumas en el presupuesto para pagar con ellas el sueldo mensual asignado á sus queridos; es Margarita de Borgoña, reina de Inglaterra, que á su fiebre sensual, á su concupiscencia sin límites, añadía y hacía gala de una ferocidad sin nombre, mandando matar al desgraciado que, seducido por sus gracias, atraído y buscado por ella misma, acababa de gozar sus ardientes y voluptuosas caricias; es, por fin, para terminar con este catálogo, Isabel II de España, la reina mas relajada de nuestros dias, que escandalizó al mundo con su desenfreno, despues de haber manchado torpemente el tálamo nupcial.

— Pobre gloria, Hortensia ! repuso Estela comprimiendo un suspiro : y despues agregó :—Una celebridad que se forma y levanta sobre la base del vicio y el crimen, es una fama de que nadie se puede enorgullecer ; algo mas : es un padron de ignominia, un eterno *san benito* !

—Puede ser hija,—interrumpió Hortensia : pero es fuera de toda duda que la existencia de aquellas mujeres, fué feliz y divertida.—Vivir no es ver deslizarse los dias en la calma y la inercia, ese estado vegetativo de los séres, semejante al reposo de la muerte : vivir es sentir, amar, aborrecer, batallar. Nuestro corazon necesita de todos los sacudimientos morales para agitarse en las corrientes de la vida, como necesita de truenos el cielo para lucir despues de la tormenta en todo su magnífico esplendor ! Asi pensaban, sin duda, aquellas mujeres ; y fijate bien que todas ellas descollaban entre las de su tiempo, por su belleza, su talento, su alto rango social y su fortuna.—Esto quiere decir que por lo mismo que eran séres superiores, comprendian la vida mejor que sus contemporáneas, llevando á sus lábios calcinados por la fiebre del deseo infinito, la copa siempre rebozante del deleite, que apuraban á grandes tragos, sin preocuparse de las heces y los amargos resíduos. Seamos, pues, cortesanas, Estela ; sepamos vivir desafiando el pesar, ese roedor insaciable de las almas débiles y apocadas !

—Si no hay mas remedio, seguiré tus huellas, Hortensia, como segui tus consejos antes de mi caida. . .

—¿ Me recriminas, entonces ?

—¡Nó, no te recrimino !

—Sí, porque seria injusto cualquier cargo de tu parte: la misma desgracia que soportas, ha enlutado mi alma—Ya lo ves: somos dos hojas arrancadas por un mismo súplo, impelidas por igual corriente, sumerjidas en el mismo cielo! . . . Pero no renovemos nuestros dolores; echemos á la espalda el pasado y esperemos tranquilas el porvenir !

—Ya te he dado mi opinion, amiga mia: haré lo que hagas y desees, imponiéndome tu misma conducta.

—Eso es hablar racionalmente, querida. Ven-ga esa mano y penas al aire !

Y Estela tendió su mano á Hortensia, la que agregó :

—Quedamos entonces en que nos conquistaremos: tú, al interesante Galeno ; yo, al bravo militar. Recojámosnos, Estela, que es ya demasiado tarde: hasta mañana !

—Hasta mañana ! contestó esta, levantándose y encaminándose hácia su cama.

\*  
\* \*

Estela intentó en vano dormir, buscando en el sueño reposo á su espíritu agitado.

Pasó la noche mas inquieta que se pueda imaginar.

El programa de vida que debia seguir, trazado por Hortensia, habia sobreescitado su sistema nervioso, impresionándola vivamente.

—¡Cortesana! habia exclamado como reprochándose la promesa que acababa de hacer á su amiga:—Condenada á recibir las caricias y á satisfacer las exigencias brutales! . . . Dios mió! Lanza sobre mi cabeza un rayo de tu cólera omnipotente; que muera antes de arrastrarme aun mas en el fango del vicio! . . . Hortensia debe estar loca, sin duda, cuando prefiere la crápula de la impúdica ramera, al bienestar de la mujer honrada—Ella que posée bienes de fortuna, que es jóven y hermosa como pocas! Sí; debe estar loca! Pero y yo? . . . Yo debo estar maldecida, porque apesar de la repugnancia ingénita que profeso al vicio, me siento impotente para luchar con la influencia satánica que ejerce aquella sobre mi! Esa mujer fué mi perdicion, y será tal vez causa de mayores desventuras para mi!

. . . . .

Hortensia, en cambio, habia dormido bien, acariciada por sus lisonjeros proyectos de felicidad futura.

Vió en sueños al Coronel que la sonreia tiernamente, cayendo despues á sus piés delirante de

pasion. Mas tarde, cruzó por su imaginacion todo ese cuadro hermoso y seductor de la vida de las cortesanas, que se habia figurado para ella. Vió desfilár ante sus ojos una falanje de adoradores que se disputaban sus preferencias ; y despues, entre los écos de la música y el animado bullicio de un baile, un grupo de hermosas mujeres, que la contemplaban con ojos envidiosos, al verla objeto de las galantes demostraciones de todos los caballeros.

Todas estas visiones llenaron el sueño de Hortensia aquella noche.

La Aurora empezaba á teñir de rosa el Oriente, cuando despertó.

Tiróse de la cama con el ánimo de despertar á Estela; pero como esta no habia dormido un olo instante, se encontró con que estaba vestida y en pié.

—¿Qué madrugon es ese, querida? Ó estás sacaso enferma? preguntó Hortensia á su amiga.

—Nó, hija, no siento nada; solamente que me t<sup>h</sup>a sido imposible conciliar el sueño en toda la noche.

—¿ Por qué?

—Por que he estado en una viva agitacion que no me lo ha permitido.

—Pues yo he dormido, Estela, muy bien; soñando toda la noche con cosas agradables.

—Feliz tú que puedes dormir; feliz tú que

tomas de la vida la embriaguez y el deleite solamente! desgraciada de mí que solo la miro por su faz mas sombría y dolorosa!

—Pues es preciso que tomes ejemplo de mí: ya te he dicho que no hay que recordar para nada nuestras tristezas de ayer, y que debemos encantar la existencia con las esperanzas del futuro, dando mientras tanto cumplida satisfaccion á nuestros deseos. Y á propósito; vístete y vámosnos á pasear; el aire puro de la mañana disipará de tu rostro las huellas del insomnio, comunicando á tu espíritu la energía que necesita.—Tu eres muy poquita, amiga; tienes una alma que recoge las sombras de todos los infortunios, en vez de rechazarlas como la mia; ábrela solamente á las caricias tiernas, á los dulces arrullos de la ilusion, y espera. Apróntate, pues, mientras yo me arreglo!

Y Hortensia pasó á sus habitaciones.

Media hora despues, nuestras bellas salian á paseo, luciendo la una la púrpura de la rosa en sus mejillas; y llevando la otra en la frente la palidez del nardo, arrancado en la noche por ráfaga inclemente!



Ha trascurrido un año desde entonces.

Durante este tiempo, nuestras dos mujeres han tenido diversos amantes.

El Médico y el Coronel, oficiaron en el ara de aquellas divinidades como verdaderos creyentes, haciendo de ellas el solo y ardiente culto de la religion de su alma: el amor.

Pero Estela y Hortensia, objeto de esta idolatría, habian concluido por cansarse al cabo de tres meses, del incienso y los votos de sus fervorosos adeptos.

No pudiendo sustraerse á sus caricias, resolvieron partir para el Brazil, en donde permanecieron otros tres meses.

Allí, en la Corte Fluminense, trabaron relaciones con algunos personajes, enloqueciéndolos y arruinándolos por completo.

La reputacion de las nuevas *Cora Perla* estaba entonces en su apogeo.

Eran dos astros brillantes del cielo del amor.

En los cafés, en los paseos, en el teatro y hasta en los salones, hablábase de estas dos mujeres con cierto interés.

Unos celebraban su hermosura, otros realzaban su distincion y maneras cortesanas; aquel trataba de su fortuna y este de su nacimiento.

No faltó tampoco mujer casada que al oír tales elogios en boca de su marido, palidciera primero, y se desmayara despues.

Pero dejemos el Brazil, y volvamos á Buenos Aires, en donde, seis meses mas tarde de lo que acabamos de referir, vivian Estela y Hortensia.

Era una noche de Junio.

Representábase la *Traviata* en Colon.

El vasto y elegante Coliseo estaba de *bote á bote*.

En sus palcos y aposentaduras, ostentábase todo cuanto la Capital de la República tiene de mas selecto y distinguido.

Era aquello un espectáculo soberbio.

Luces, flores, gasas y diamantes en profusion, servian de cuadro y relieve á los rostros mas encantadores, á las mujeres mas divinas.

Una atmósfera diáfana, ligeramente azulada, que parecia ondular y estremecerse á los écos de la música y al confuso murmullo de las conversaciones, envolvía aquel conjunto de hermosas, que, mas que seres mundanos, parecian ángeles y serafines presidiendo una fiesta de los míseros mortales.

Nosotros ocupábamos una tertulia de orquesta, y teníamos á la derecha dos caballeros que no cesaban de dirigir sus anteojos á los palcos, haciendo abstraccion completa del espectáculo.

Cuando concluyó el primer acto de la obra, uno de aquellos señores, dijo al otro :

—Dime, Arturo : aquellas dos mujeres que estan en el palco de la derecha, el cuarto de la puerta de entrada, ¿no son nuestras queridas, Estela y Hortensia ?

—¿Qué me cuentas, hombre ? . . . ¿seria posible ? . . . exclamó el compañero dirigiendo en-

tonces sus gemelos hácia el palco que acababa de indicarle el primero.

—Puede ser que me equivoque, pero he creído reconocerlas.

—Ellas son, en efecto! — se apresuró á decir el otro.

Y despues agregó:

—Y qué bellas se conservan, sobre todo, Estela : fijate, míralas bien !

—Las estoy mirando ; parece que nos hubieran reconocido porque se han hablado al oido y se han retirado al fondo del palco despues.

—Pobres ! nos deben odiar profundamente !

—¿ Por qué ?

—Por nuestro abandono.

—No lo creas ; es muy posible que nos amen todavia.

—Lo que creo es que en su desesperacion, deben haberse arrojado sin miramiento alguno á la vida airada ; por que á no ser así no tendrian el valor de presentarse desafiando las miradas insultantes y despreciativas de esta sociedad, que las vió caer.

—Eso es lógico : ¿ qué quieres que sean sino dos cortesanas, dos ramerás desvergonzadas ? Pero mira ! en este momento todos los anteojos se clavan en el palco en que ellas se encuentran !

En efecto : todas, ó casi todas las miradas acababan de dirigirse al palco en cuestion. Las dos bellas mujeres que le ocupaban parecian desa-

fiar aquéllas miradas, porque á su vez fijaban sus gemelos en todas direcciones, sin inmutarse.

El telon se corrió en este momento y todos volvieron sus ojos á la escena.

Nosotros, por el contrario, continuamos contemplando á las jóvenes que habian despertado tan vivo interés de parte de la concurrencia de Colon.

Eran realmente bellas.

Una, sobre todo, parecia una vírgen de Murillo.

Habia en su rostro fuertemente simpático, toda la serenidad de una alma no atormentada todavia por el tropel de las pasiones.

Su mirada era límpida y tranquila; y reflejaba no sé que poético y misterioso fulgor. Fijándose bien en sus ojos, se hubiera podido notar, sin embargo, algo como una mezcla de candor é impudencia, imprégnada y saturada de un tinte de vaga melancolía.

A pesar de este aire de sentimentalismo, ligero como esos celajes que cruzan por la faz del sol,—su frente nacarina y lozana, traspiraba una paz y una inocencia angelicales.

Largo tiempo estuve contemplando á aquella mujer, que á lo sumo podria representar veinte años.

—¿Cómo puede ser—me decia—que una mujer tan jóven y tan bella, haya podido lanzarse

á las corrientes del desenfreno y la licencia? . . .

—Y sin embargo —me objetaba—asi lo acabo de oír de estos señores!

El caso es que aquella interesante criatura habia logrado despertar mis simpatías en su favor.

Cuando iba á terminar la funcion, fuí á situarme al pié de la escalera por donde debian bajar las dos mujeres.

En efecto, bajaron y salieron á la calle.

Yo las seguí, porque al pasar por mi lado la bella de mis simpatías, habia dejado pesar sobre mí una de esas miradas elocuentes que equivalen á decir. *Me interesas!*

Al llegar á la esquina de Reconquista y Piedad, subieron á un carruaje.

Dentro ya, y antes de cerrar el cochero la ventanilla de aquel, la hermosa sacó la cabeza y me miró durante algunos segundos con una atencion tal, que yo no pude menos que traducir por una despedida.

La casualidad, que en muchos casos ha decidido del destino de un hombre, y en no pocos de la suerte de un pueblo,—vino esta vez en mi auxilio, haciendo parar un coche desocupado en la misma esquina.

Hice una seña á su conductor y este vino hácia mi.

—Tienes viaje? preguntéle.

—No, señor! me respondió tirándose al suelo, y abriendo la portezuela para que yo entrára.

—Pues bien; sigue ese carruaje que se pone en marcha hasta ver donde pára! le dije metiéndome al mismo tiempo dentro.

El carruaje que conducia á mi conquista y su compañera, tomó por *Piedad* hasta *Florida*, en que dobló, continuando de allí hasta *Corrientes*, en que dobló nuevamente. Al llegar á *Suipacha*, se paró, y descendieron aquellas, entrando á una casa de altos que existe en esa calle entre las de *Corrientes* y *Parque*.

Habiendo averiguado ya lo que me interesaba conocer—el domicilio de las dos hermosas—híceme conducir hasta mi vivienda de soltero.

Al dia siguiente, como á las ocho de la mañana, habia tenido la suerte de ver en el balcon á mi simpatía.

Nos cambiamos una de esas mudas pero elocuentes miradas.

¡Qué bella estaba con su baton blanco, luciendo entre sus castaños bucles una camelia roja!

Todos los dias pasaba yo á la misma hora por aquella casa, teniendo siempre la satisfaccion de verla en el mismo puesto y cambiar con ella una mirada.

Era á fines de setiembre, lo recuerdo perfectamente, cuando al verificar como de costumbre

mis escursiones matinales por casa de mi adorada, y dirigir como siempre tambien mis ojos anhelosos al balcon en que ella solia esperarme, noté que no estaba alli.

Acerquéme entonces á la puerta, y senti con cierta inquietud que del interior de la casa partian voces envueltas en llantos y sollozos.

Me decidia á subir ya, cuando vi bajar una sirvienta gritando desolada :

—Socorro, socorro !

—¿ Qué sucede, buena mujer ? atiné á decirla en mi natural sorpresa.

—Que una de las niñas se está quemando, señor, y se ha desmayado ! Suba V., por favor, mientras yo corro en busca del Médico !

Y aquella mujer, sin decir mas, se lanzó como loca á la calle.

En dos pasos ascendí la escalera de la casa, y pude ver que las llamas se habian apoderado de los vestidos de la compañera de mi conquista, la que, desesperada, y no sabiendo como apagar aquel incendio que tomaba proporciones cada vez mas alarmantes, derramaba balde sobre balde de agua, sobre el cuerpo inanimado de su amiga.

Penetré á uno de los dormitorios, deshice las camas en un *santiamen*, sacando de ellas un cobertor de cachemira de la india y una frazada doble; arrojéme sobre las llamas y estreché

cuanto pude entre mis brazos á la pobre víctima de su voracidad.

Conseguí sofocar, felizmente, aquel incendio, aunque á costa de mis carnes que se chamuscaron en la refriega.

Cuando hube colocado á la enferma en una de las camas, entraba el Médico.

La vió, la examinó minuciosamente y recetó.

—Felizmente—dijo despues, dirigiéndose á mí —las quemaduras no son graves: dentro de una semana no habrá de ellas el mas leve rastro en el cuerpo de esta señora.

El Médico se despidió.

Poco á poco, entre tanto, la enferma iba recobrando el conocimiento.

—¡Cúanto tenemos que agradecer á V., caballero! dijo la hermosa de mi simpatía sentándose á mi lado y repuesta ya de su agitacion:—á no ser por V. quién sabe lo que habria sido de mi pobre amiga!

—Ustedes no tienen nada que agradecerme, señorita; soy yo, por el contrario, quien debe bendecir este incidente funesto, por que á no ser por él no habria tenido el gusto de escuchar de su boca frases tan benévolas! habia contestado, abrasándola en una miradã de pasion.

—Es V. muy galante, caballero!

—No creo que pueda tomarse por simple galantería la espresion de un sentimiento espontáneo, señorita!

—La galanteria es propia de todo caballero!

—Sí; pero la verdad debe ser siempre la bandera de todo hombre honrado, señorita. La galantería es simplemente una forma, el resultado de la educacion que hemos recibido, el homenaje tributado á la belleza, y puede, como suele suceder generalmente, ser la máscara de la perfidia y la falacia de un individuo; mientras la verdad, cualquiera que sea el interés que afecte, nos previene de toda ulterior consecuencia.

—Tiene V. razon, caballero; y veo con placer que sabe V. sentir lo que espresa, al revez de muchos que manifiestan siempre lo que no sientén, ni han sentido jamás.

—¡Estela! exclamó á este punto la enferma: ven!

Y mi conquista de Colon, cuyo nombre era este efectivamente, segun lo habia oido de boca de los dos jóvenes vecinos á mi tertulia la noche en que representóse la *Traviata*, corrió al llamado que se la hacia, no sin antes disculparse con migo por tener que cortar nuestra empedada conversacion.

Cuando quedé solo, púseme á abservar cuanto me rodeaba.

Hallábame en la ante-sala, decorada lujosa y elegantemente.

Una docena de sillas y dos sillones de palo rosa, forrados con raso azul floreado; dos tête

á tête cubiertos por la misma tela ; un rico piano Pleyel con funda de cretona ; butacas, rinconeras, cuadros, cortinas, etc., etc. : tal era el mobiliario y ajuar de aquella ante-sala. Se respiraba allí ese aire de buen gusto de las personas del gran mundo.

Después de recorrer con la vista todos los objetos, se fijaron mis ojos en un *Album* que estaba colocado sobre una de las rinconeras.

Movido por la curiosidad, me levanté, coji aquel *álbum*, lo abrí y pude ver que era un *Album Poético y Literario*.

Contenia pensamientos, poesias y escritos de literatos americanos ; y entre todo esto, algunos autógrafos.

Esas composiciones, trataban en su mayor parte del amor.

Habia una poesia dedicada á Estela que copié, por que me pareció bella.

Era esta :

—Cielo sin nubes, díaano espejo,  
perla del alba, onda de luz ;  
cándida rosa, pálida estrella,  
eso eres tú !

—Ronco vagido de tempestad ;  
mar agitado por el turbion ;  
lóbrega noche, profundo abismo,  
eso soy yo !

---

No tenían firma estos versos, sin duda por ser muy conocido el autor de quien los había inspirado.

Después de copiarlos en mi cartera, quise depositar en aquel *álbum* mi pobre ofrenda; al go que dejase traslucir á su dueña lo que ya sabía por mis miradas: mi amor!

Con tal propósito, escribí con lápiz estas cuartetas, que encabecé:

A ESTELA

Quisiera ser perfume  
süave de violetas,  
para ir entre los pliegues  
del pañuelo que llevas—

Así, cuando aspiráras  
tan delicada esencia,  
mi alma aspirarías  
también, divina Estela!

No las firmé tampoco: me limité á ponerles la fecha: *Setiembre de 18. . . .*

Cerré el *álbum* y lo coloqué en su lugar.

Un momento después, se presentó Estela.

—Pido á V. perdon, caballero, por haberle hecho esperar—me dijo :—pero era urgente aplicar á la enferma las unturas recetadas por el Médico, y en eso me he demorado. La pobre está muy reconocida al servicio que V. la ha prestado, y me encarga que asi se lo manifieste, y ofrezca á V. en su nombre esta casa, lo que me es grato cumplir en el mio propio tambien.

—Mil gracias! Tanta bondad . . .

—Es un deber, caballero! me interrumpió.

Al cabo de un rato de animada conversacion, me despedia de aquella bella criatura.

\*  
\* \*  
\*

¡ Oh, amor! Primavera del alma, á la que bañas de célicos resplandores, perfumándola de todos los sentimientos generosos, y exaltando en ella todo cuanto de tierno y sublime se anida en los séres!

Tú, solamente tú, posees el raro privilegio de encantar la vida, de suavizar las ásperas pendientes, y hacer de este erial de abrojos punzadores que se llama la existencia humana, un sendero florido por donde se desliza nuestra planta sin pena ni dolor!

Bálsamo de todas las heridas, gota celeste escapada de los lábios de Dios en una hora de supremo regocijo, y caída al mundo para aplacar las ánsias y la sed de lo infinito que devoran

el alma de la mísera humanidad; yo me prosterno reverente ante tu divina grandeza, y abro mi corazón digno de hospedarte, á todos tus mágicos consuelos, á todos tus arrullos de esperanza!

Yo amo!

Si! yo me siento deslumbrado por esa claridad edénica, que tiene en su principio toda la rosácea dulzura de una aurora que nace, todos los tintes poéticos de una risueña alborada; y que á medida que asciende, se dilata y se condensa en nuestro espíritu, asume el subido y rojizo tono de un incendio, las llamas devoradoras de una hoguera!

Estela! Yo te amo!

Mi alma languidece á tu presencia como languidecen los astros nocturnos al primer rayo del día.

La tórtola de la selva no se enternece como ella al sentirse arrullada por su amante.

Hoy, despues de verte y oírte; despues de sentirme envuelto en esa auréola divina que te circunda; despues de aspirar tu aliento perfumado como el suspiro de la rosa; hoy, repito, en vez de esas tiernas languideces, de esos vagos anhelos que fueron los precursores del reinado del amor dentro de mi alma, me siento consumir por una fiebre voraz, la fiebre ardiente é insaciable del deseo!

Sí: solo tus lábios, abriéndose para mi boca como abren sus cálices las flores á los besos de fuego del sol; solo tu alma, recibiendo el ósculo frenético de mi alma; solo tu seno, estrechado fuertemente por el mio, y estremeciéndose al choque poderoso de mi pasion salvaje:—pueden mitigar al presente esa sed devorante, y calmar el infierno que ruje sorda y ferozmente en mi corazon, despues de haberme abrasado en la atmósfera voluptuosa é irritante que te rodea!

\*  
\* \*

Asi exclamaba yo al dia siguiente, bajo la influencia de la fascinacion del primer amor, seducido por los encantos irresistibles de Estela, á quien amé desde entonces con todas las fuerzas de mi alma y con todo el delirio de los veinte años.

Y tal era, en verdad, lo que sentía.

No hay alucinacion, ni vértigo que no se apoderen de un corazon vírgen en la hora solemne de amar.

Y es que el amor tiene la facultad de herir todas sus fibras á la vez, produciendo ese concierto divino en que se extasía primero, y se exalta mas tarde; cuando la pasion ha hecho crisis en los séres.

Esta es la razon de esos arranques inusita-

dos, de esos hechos sorprendentes, producidos por los que aman.

Para comprenderlos, es menester amar, ó haber amado. Sin esta circunstancia parecerían aberracion ó locura.

Estoy seguro que si alguna persona indifereente me hubiera escuchado cuando hablaba á solas, despues de estar con Estela, y haber absorbido el amor que como un fluído celeste se desprendia de toda ella, — no hubiera trepidado en llamarme loco, ó cosa parecida. Pero yo no podia prescindir de este desahogo en el estado en que me hallaba.

Al despedirme de Estela el dia anterior, llevaba profundamente grabada su imágen en mi alma, á tal extremo, que no veia mas que á ella en todo lo que abarcaban mis miradas, ní oia otra cosa que el ruido melodioso de sus frases, ni aspiraba mas aire que aquel que habia besado sus cabellos sedosos y perfumados.

Mas tarde, en el trascurso de mi vida, he hecho una observacion: y es que cuando sentimos el vasallaje del primer amor nos agitamos entre dos corrientes igualmente poderosas: la *ilusion*, que nos arrulla con su música divina, y el *deseo*, que nos arrastra despues á la posesion de la realidad soñada.

La ilusion dá vida al ideal á fuerza de aguijonearnos el alma, y éste engendra el *deseo*; el

deseo que es la nave conductora de nuestras esperanzas al puerto de la realidad suspirada.

Por esta razón, el primer amor no se olvida nunca; y cuando el hombre llega á la tarde de la vida, á la vejez — ese crepúsculo vespertino de la existencia, — el recuerdo luminoso del primer amor, de su primera alegría, tal vez la única que gozara, viene á sonreírle aún, confundiendo sus vívidos y celestes destellos con las sombras del sepulcro que empiezan á levantarse en torno suyo. Hay seres que al bajar á la tumba, no han visto alumbrado el limbo de su agonía mas que por la luz de aquel recuerdo.

La intensidad y la duración del recuerdo del primer amor, consiste en que cuando nos sentimos dominados por éste, bullen en la mente las ilusiones puras, y se agitan en el alma los deseos indefinibles que forman el despertar de la aspiración vaga pero íntima que resume mas tarde cuando ha tomado mayores proporciones en su desarrollo, el ardiente anhelo de nuestra existencia : el amor !

El primer amor, pues, tiene sobre todos los que le suceden, el privilegio de las ilusiones de que los últimos se hallan desposeídos ; por que la ilusión como nos sonríe en la mañana del primer amor, desaparece con éste ; muere con él, dejando en su lugar el deleite, que renueva el recuerdo en nuestro corazón.

Cuando oigais decir á un hombre que ha ama-

do ya, abriendo el capullo de su alma á los rayos del sol del primer amor, que conserva todas sus ilusiones como antes de aquella hora solemne para su existencia,—no le creais; os engaña y se engaña miserablemente. Lo que habla en él no es mas que la reminiscencia de aquel estado vírgen, que hoy sirve de estimulante á lo único que le queda ya: el *deseo*, que hace arder en él las pasiones.

\*  
\* \*

Bien, pues: el amor que yo sentí por Estela, cuyo recuerdo perfuma todavía mi alma, era aquel sentimiento delicado, impregnado de toda la ternura virginal, de todo ese vago y poético anhelo que reboza el corazón al despertar de las primeras impresiones.

Tenia la cabeza iluminada, poblada de visiones seductoras, y el alma trabajada por aquellas ansias inesplicables que forman el principio de ese estado beatífico de los séres.

Una música divina encantaba mi oído, y la naturaleza entera parecía sonreirme, hablando á mi alma en un lenguaje misterioso.

Al cabo de una semana, me presenté nuevamente de visita en casa de Estela.

Hortensia estaba levantada ya, y fuera de todo peligro.

Al verme, corrió hácia mi como si se tratara de un antiguo conocido.

—Se ha hecho V. esperar, mucho, caballero ! me dijo estendiéndome una de sus manos : y continuó despues :

—Deseaba agradecer á V. personalmente su servicio *providencial* ; por Estela supe su arrojó : mil gracias, pues !

—Oh, señorita ! respondí : mi accion ha sido ya recompensada con creces por su amiga de V., brindándome una amistad que yo no trocaria por ningun bien de la tierra ; que no se hable, pues, de aquello !

—Por lo que veo, añadí, V. se encuentra ya buena y esto me alegra infinito !

—En verdad, caballero, que no creí restablecerme tan pronto ; ya lo vé V., me siento tan bien ó mejor que antes de aquel accidente.

—Es una felicidad, repuse: y dirigiéndome á Estela que acababa de presentarse, la dije :

—¿ Cómo lo pasa V., señorita ?

—Muy bien, caballero ; sintiendo solamente su olvido, su tardanza en volvernos á honrar con su presencia ! contestó sonriéndome cariñosamente y presentándome su mano que apreté dentro la mia.

—Sin embargo,—agregué—mi pensamiento ha estado frecuentemente fijo en Vds., en V. sobre todo, Estela, á quien no se puede menos que recordar despues de haber tenido el placer de verla.

—Nosotras tambien hemos recordado á V. à menudo, contestó Estela; por que la accion generosa de V. no se olvida, ni puede olvidarse nunca, caballero!

Y los ojos de Estela se posaron sobre los mios dulcemente.

Hortensia pasó á las habitaciones interiores.

Quise hablar entonces; quise aprovechar aquel momento para confesar á Estela mi amor, pero no pude: tenia torpe la lengua, y mas que la lengua, la inteligencia. ¿Qué hubiérala dicho? Alguna necesidad, tal vez. Guardé silencio y me limité á fijar mis ojos sobre aquel rostro divino, mas que nunca divino, al espresar en aquella ocasion, el tierno sentimentalismo de su alma.

Al fin, ella rompió aquel silencio de algunos instantes.

—He leido complacida, me dijo, su composicion!

—¿ A qué composicion se refiere V., Estela? exclamé saliendo del estado de delicioso enagenamiento en que me hallaba sumido.

—A la que ha tenido V. la fineza de dedicarme, y escribirme en el album! repuso.

Recordando entonces los versos que habia escrito para ella la primera vez que estuve en su casa, y todo sonrojado, como el criminal á quien se toma *infraganti*, me apresuré á decir:

—Ah! Perdone V. mi atrevimiento si, obedeciendo tan solo á un impulso íntimo y poderoso,

deposité entre esas flores lozanas de la inteligencia que adornan su álbum, aquellas pobres hojas marchitas!

—Pues sépa V., caballero, exclamó Estela, que de todas esas flores que exhalan allí el eterno y siempre fresco perfume del espíritu, ninguna ha merecido de mi parte una acogida tan benévola y amistosa como la suya. Su composicion está impregnada de la ternura de una alma sensible. La poesía para ser realmente bella, debe inspirarse en la verdad; necesita ser hija de un alto sentimiento; y la que no reviste estas condiciones no será nunca mas que una ficcion brillante, tal vez deslumbradora á los ojos, pero que no llega al alma, no la hiere ni la enternece. Y sus cuartetas llenan estas condiciones, caballero: al leerlas he saboreado ese dulzor inesplicable que deja en el espíritu la buena poesía, la hija del sentimiento y la inspiracion.

—He escuchado á V. sin interrumpirla, porque me complacia oír de su boca un juicio tan conienzudo como el que acaba de emitir respecto á un punto que, lo diré con franqueza, no la creía suficientemente preparada; pero debo rechazarlo en cuanto se refiere al mérito de mis versos, porque no tienen otro, que yo reconozca al menos, que el de haber sido leídos por V.

—La equidad preside siempre mis juicios, caballero, y eso, y teniendo ademas el senti-

miento de lo bello, es bastante para poder apreciar los trabajos literarios. ¿No lo cree V. así? . . .

—Es cierto, como es cierto tambien que V. posee la otra condicion requerida para la justa apreciacion de las labores del espíritu.

—¿Cuál?

—El talento ilustrado, cultivado en la buena lectura y formado en la mejor escuela.

—He leído algo, caballero, en efecto; y me ha gustado siempre divertir mis ócios con las buenas producciones.—Creo que no hay nada comparable á esa fruicion intelectual que se experimenta al comunicarse con el espíritu de los grandes pensadores.

—Veo que es V. una mujer completa, Estela: una mujer superior, que reúne á su belleza extraordinaria las dotes de una inteligencia llena de privilegios.

Estela no contestó nada.

Por mi parte, guardé el mismo silencio, limitándome á envolverla en mis miradas de fuego. Ella me miraba tambien, sonrojándose cada vez que al hacerlo se encontraban sus ojos con los míos.

Deseoso de sondear su alma, la hice resueltamente esta pregunta:

—¿No ha amado V. nunca, Estela?

—He amado, sí; ó mejor dicho, una vez creí

amar; pero me engañé: mi amor fué un ensueño solamente!

—La compadezco, entonces.

—Y V. ¿ha amado ya?

—Yo? . . . amo recien: siento por la vez primera el imperio del amor!

—Amar y ser amado, es la suprema felicidad que puede ambicionar un sér en la tierra! dijo Estela lanzando un amargo suspiro.

—Eso es lo que ignoro, Estela; yo sé que amo, pero no podria decirlo si el sér que ha despertado mi alma á la primera pasion, me corresponde ó nó.

—¿Lo ignora Vd.? me interrogó entonces sorprendida y poseida, al parecer, de no sé que vivo interés.

—Lo ignoro completamente!

—Su amor es mas meritorio en este caso, por que es espontáneo y lucha con lo desconocido. Sin embargo, creo que V. haria bien en hacerlo conocer del sér feliz que ha sabido inspirárselo, porque, á no dudarle, sabrá corresponderlo.

—¿Lo crée V. así, Estela?

—Casi podria asegurárselo: nosotras las mujeres nos dejamos vencer siempre por los grandes sentimientos, porque los comprendemos y los llevamos en el alma.

Estela estaba agitada.

Una lijera palidez había cruzado por su semblante, nublandolo, y un nuevo suspiro, casi

ahogado por la emocion, se escapó de su alma.

Aproveché esta feliz coyuntura para decirle entonces resueltamente:

—Pues bien, Estela: el sér á quien amo, la muger que entre tantas como han cruzado gallardas y seductoras por mi camino, ha despertado en mi alma las dulzuras como las zozobras del amor; la que llena mis dias y mis noches de luz y de ilusion; aquella por cuyo cariño trocaria yo el paraiso, esa muger divina, esa maga, es V.; V., Estela, á quien amo desde que la ví por primera vez en Colon; V., á quien en pago de este afecto profundo no la exijo mas que una sonrisa, una mirada, un recuerdo en su corazon!

Estela se estremeció tan vivamente al escuchar mis palabras, que la creí presa de un desvanecimiento.

Tomé sus manos entre las mias y pude notar mejor su emocion.

Su pulso era acelerado; sus corazon y sus sienas latian fuertemente, como si quisieran estallar.

Poco á poco, y debido á esas reacciones de los temperamentos excesivamente nerviosos, Estela fué serenándose, hasta que al fin se tranquilizó por completo.

—Perdone Vd., me dijo, fijando tierna y lánguidamente sus hermosos ojos sobre mí: mi alma

ha quedado de tal manera sensibilizada que no puedo recibir la mas mínima impresion, sin conmoverme profundamente.

—Siempre deploraré haber sido causa de este accidente! contesté insistiendo en mi propósito de manifestarla mis sentimientos cariñosos.

—V. no tiene nada que deplorar, caballero; soy yo quien, por el contrario, debe arrepentirse de tener una alma tan sensible.

—Lo que quiere decir que mis palabras han producido en V. esta impresion?

—Sí, caballero; son sus palabras! ¿Porqué negarlo? Me han conmovido por que son hijas de la verdad y el sentimiento. Hay palabras de palabras: unas representan la hipocresía, el cálculo y la falsedad; mientras que otras, como las tuyas, son eléco de una alma sin doblez y la espresion de un afecto verdadero.

—Esto mismo me dá derecho á una cosa.

—¿A qué cosa?

—A ser atendido por V; mas aún: á ser correspondido.

—¿Y puede V. dudarle todavia despues de una manifestacion como la que acabo de hacerle?

—Angel mio! Soy, á no dudarle, el hombre mas feliz de la tierra! Te amo y me amas! qué dicha! . . .

Y tomé sus manos en las mias llevándolas apasionadamente á mis lábios; mientras ella,

rendida, ruborizada, bajaba sus ojos llenos de languidez.

La presencia de Hortensia que apareció en ese momento, vino á interrumpir aquella escena tierna entre Estela y yo.

—Tengo que pedir á V. un favor, caballero! dijo dirigiéndose á mi.

—El que V. quiera, Hortensia, respondí.

—Bien: ante todo díganos su nombre, que Estela y yo ignoramos todavia.

—Jorje Alberto!

—Qué hermoso nombre! exclamaron ambas amigas á la vez

—Pues bien, Jorje Alberto—continuó Hortensia—Estela y yo invitamos á V. á comer hoy en nuestra compañía!

—Acepto agradecido tan fina invitacion.

—¿Dónde quieres, Estela, que comamos, aquí ó en la Quinta?

—Creo que por ser la primera vez que Jorje nos acompaña, debemos comer aquí.

—Perfectamente! voy y vuelvo entonces; no estaré separada de ustedes mas que breves momentos.

Y salió.

Volvíamos á quedar solos.

Entonces, queriendo yo reanudar la escena que Hortensia nos interrumpiera, fuí á sentarme al lado de Estela.

Tomé una de sus manos, que ella me abando-

nó sin resistencia, mientras clavaba en su divino rostro una mirada intensa, profunda, de esas que irradian calor y pasión sobre el objeto que se fijan.

—¿ Con que es verdad que me amas, Estela? exclamé abarcando su hermoso talle de sílfide con mi brazo.

Estela no contestó esta vez ; pero me miró tan tierna, tan delicada, tan cariñosamente, que pude leer en sus ojos una respuesta afirmativa.

Aquella escena silenciosa terminó por un beso que deposité en sus mejillas frescas y aterciopeladas como la rosa.

A este beso siguió otro, mas apasionado y mas dulce todavía, por que al juntar mis labios con los labios húmedos y purpurinos de Estela, sentí correr por mis venas cual un flúido celeste, el sin igual deleite del amor.

Vosotros, los que no habeis amado todavía ; los que no habeis abierto vuestra alma á las caricias de ese sentimiento generoso que transforma los séres, y trueca las miserias y dolores de la vida en un Edem ; los que no habeis sentido ese deslumbramiento divino, esa diáfana reverberacion que inunda el espíritu de mágicos resplandores en la hermosa mañana del primer amor : vosotros, no comprendéis lo que es un beso, lo que importa y lo que nos dá derecho á esperar !

El primer beso dado á la mujer que amamos,

es para el alma de aquella lo que la brisa matinal para las flores en capullo: las abre á las caricias supremas! El aire y el sol las llenan de frescura y lozania. Si los rayos de éste las abrasa en un momento dado, el súplo de aquel las refresca y vivifica; pudiendo exhalar á la tarde nuevamente su perfume, ese suspiro exquisito del alma de las flores. El corazón humano tiene su símil con éstas.—Una mirada de fuego, un beso apasionado, le abren á los halagos del amor. Entonces se agita y suspira—Suspira quejas ó lanza acentos de alegría, segun le hiera el dolor ó le conmueva el placer.

Un beso de amor depositado en los lábios de una mujer sensible, es el sello de union de su alma con la de su amante; el lazo que las estrecha y las funde en una misma aspiracion: la vida por el amor!

Dos lábios que se besan, dos bocas que se unen y estallan en un mismo deseo, son dos almas que se abrazan, dos corazones que se incendian en la misma llama, pronunciando un solo voto: amarse eternamente!

Un beso es una onda luminosa que parte de nuestra alma, é irradia en el alma de la que amamos, deslumbrándola.

Cuando un beso de pasion ha sonado, el sér que lo recibe se siente débil para toda resistencia, y es que no se puede luchar con la delecta-

cion voluptuosa, ese hechizo poderoso que derrama el amor sobre nosotros.

Todos los hombres que han concedido algo, todas las mujeres que han caído, lo han verificado en ese momento de suprema enagenación ! Tan grande y tan irresistible es la influencia de un beso en los seres que se aman !

Por esta razón, Estela permaneció como anonadada después de aquel beso de fuego que yo depositara en sus labios, beso que ella aspiró con todas las fuerzas de su alma hambrienta de amor.

En aquel instante, y dejándome arrastrar solamente por los impulsos de la pasión que rugía en mi alma, como una fiera embravecida, yo habría podido triunfar de Estela sin resistencia; pude haberla hecho mía; pero no quise despojar todavía á mi amor de todas sus ilusiones: preferí conservarlas y gozar por algún tiempo más de todas sus caricias.

—Te amo ! exclamaba á cada momento, abrazando con mi hálito incendiario el rostro virginal de Estela.

Y ella me miraba cariñosa y conmovida, sonriéndome dulcemente.

¡Qué bella estaba entonces !

¿Habeis observado una de esas tardes serenas y templadas de Primavera, cuando el sol se ha hundido ya en Occidente, en que aparece el cielo suavemente arrebolado, ostentando

al Ocaso celajes caprichosos, girones de blancas y ténues nubecillas ? . . .

¿Habéis visto en medio de este cuadro de indefinible poesía, el lucero de la tarde, como un inmenso zafiro, derramar sus vívidos fulgores sobre el cielo y la tierra ?

Pues un cuadro semejante, aunque en miniatura, ofrecia el rostro angélico de Estela.

Los mismos tintes, el mismo reflejo, la misma belleza, los mismos destellos.

Un cielo : su cara ! varios tintes : los del pudor y la pasión ! dos : astros : sus ojos celestiales !

Largo rato la estuve contemplando, absorbiendo con mis ávidas miradas ese conjunto de gracias, que se insinuaban tan dulcemente en mi agitado corazón.

Llegó la hora de la comida.

Cuanto hay de bueno, variado y apetitoso para ofrecerse en una mesa, así en vinos como en manjares, se habia reunido aquel día en la de Hortensia y Estela.

Se conocia que se deseaba agradarme por todos los medios.

Mi alma respiraba amor y gratitud, al verme objeto de demostraciones tan finas y cariñosas.

Después de cenar nos fuimos á Palermo.

Cuando llegamos á aquel hermoso paseo, habia entrado la noche ; una tibia y serena noche.

La Luna llena, surgia con majestad, cubriendo en las tranquilas aguas del Plata.

Nos internamos al bosque.

Estela, asida de mi brazo izquierdo, derramaba, infiltraba, todo el calor de su alma enamorada sobre mi corazón, que oprimía de intento como si quisiera avivar más la hoguera que en él ardía.

¡Qué imán tan irresistible es la belleza!

El senecio Estela, mórbido, levantado, blanco y transparente como un trozo de riquísimo alabastro, se estremecía y ondulaba tan vivamente, que parecía una ola espumosa sacudida por el flujo y reflujo del mar.

Su rostro, iluminado por la luna, tenía todos los prestijos de la seducción, todos los misterios de la pasión.

No brillaban más los diamantes de su collar y sus pendientes, que sus ojos divinos.

No eran más frescas las hojas de las rosas que sus húmedos labios.

El ambiente, saturado del perfume de las flores, no era más fragante que su aliento, que aspiraba yo con delicia hasta el colmo de la embriaguez.

Confieso ingenuamente que después de Estela, no he encontrado una mujer que reuniese sus cualidades, ni el tesoro de sus sentimientos, ni la magia ardiente que de toda ella se desprendía.

Dos horas anduvimos recorriendo las calles y avenidas de Palermo.

Al cabo de ese tiempo, regresamos á la ciudad.

Estela me despidió con un beso que me tuvo inquieto y febril toda la noche.

Tres dias despues, al regresar á mi habitacion, me encontré con un billete perfumado.

Era de Estela, que habia tenido la fineza de escribirme, invitándome para pasar en su compañía el domingo próximo, en la quinta de Hortensia.

Ese dia llegó. . . .

Al caer la noche con sus sombras, una alma, la mia, tuvo una vision celeste, penetró al Paraíso, y descendió despues á la tierra arrullada por el amor y la esperanza!

Estela fué mia!

. . . . .

La posesion no hizo mas que aumentar en mí el delirio de la pasion.

Amé á Estela con idolatría, con esa ciega idolatría de las almas que offician recien en el Templo del Amor.

Toda mi energía, toda mi exhuberante juventud, pusiéronse al servicio de esta pasion inmensa, insaciable y voraz.

Apuré el placer en brazos de Estela, con todo el frenesí de mi alma vírjen.

Aspiré fuertemente el perfume embriagador

de aquella hermosura, lánguida y suspirante en sus infinitos transportes.

Sus desfallecimientos amorosos tenían larga duración. Pareciera que su alma, como su cuerpo, digno de servir de modelo á la estatua griega,—hubiesen estado hambrientos de las enérgicas impresiones del amor.

Sus besos eran de fuego, capaces de incendiar un corazón de nieve; y el hálito que de ella se exhalaba tan ardiente y voluptuoso, que hacía correr la sangre en las venas con una velocidad pasmosa. Era el torrente de la vida precipitado de la alta cima de la pasión y circulando con rapidez por las arterias de una organización joven, rica de vitalidad!

Su seno, hinchado por la emoción, tenía estremecimientos nerviosos tan fuertes como esas sacudidas que experimentan periódicamente las tierras volcánicas.

Sus ojos inmensos, dilatados, con ese brillo singular que sabe prestarles la pasión en su grado máximo, parecían dos astros próximos á perder su gravedad y precipitarse en el vacío infinito.

Toda ella, en fin, se había transfigurado en la suprema exaltación de aquel amor satánico y delirante.

Algunos años más tarde, he venido á explicarme recién este fenómeno, leyendo algunas obras de Medicina. Estela era afectada de esa

enfermedad que la ciencia ha designado con el nombre de *ninfomanía* !

.....

\* \* \*

A partir del día en que Estela me perteneció por completo, nuestra existencia se deslizó plácida y feliz, concretando nuestras aspiraciones y nuestra gloria suprema, al amor recíproco que nos profesábamos; amor que lejos de atemperarse por el colmo de nuestros deseos satisfechos, parecía estimularse aun mas en esa misma satisfaccion.

De este modo, vivíamos el uno para el otro, sin preocuparnos del mundo, ni del porvenir.

En invierno, cuando el tiempo era bueno, nos íbamos á pasar las mejores horas del día en la quinta de Hortensia, regresando despues cargados de violetas que cortábamos del jardín de aquella.

En verano, madrugábamos.

Tomábamos nuestro baño, y nos dirijiamos á algunos de los pueblos adyacentes de Buenos Aires.

De noche, cualquiera que fuera la estacion reinante, lo pasábamos leyendo unas veces, discutiendo sobre todas las cuestiones otras, haciendo música las mas, y solo muy de tarde en tarde, jugando á prendas.



En un dia como éste, pues, paseábase Hortensia por la calle de Florida.

Serian las tres de la tarde, cuando, de retirada ya, notó que un hombre la venia siguiendo.

El porte y las maneras de este, eran los de un caballero.

No era jóven, pero sus movimientos y la ajilidad de sus miembros, revelaban al primer golpe de vista su fortaleza y enerjía.

Cuando todo esto no hubiera bastado á probar la capacidad física de nuestro sujeto para el amor, lo habria demostrado el afan con que seguia á Hortensia, sin perderla un momento de vista.

Esta, despues de algunos rodeos hechos como para cerciorarse de las intenciones de su perseguidor, llegó á su casa, parándose en la puerta, con el propósito de observar mejor la fisonomía y la persona de aquél, cuando pasare por ella.

Pasó, en efecto, saludando cortezmente á Hortensia, la que contestò su saludo con una ligera inclinacion de cabeza.

Todas las tardes, despues de aquel dia, nuestro hombre no dejó de pasar uno solo por casa de Hortensia.

¿ Estaria apasionado de ella ?

Era de suponerlo, y ésta misma lo creyó en vista de los reiterados paseos por la vereda de su casa, de este nuevo D. Juan.

Una semana mas tarde, Hortensia no tuvo ya la mas leve duda de las intenciones de este caballero.

El mismo se encargó de revelárselas, en un billetito que la envió concebido en estos términos:

Señora :

Un hombre que ama á V. de mucho tiempo atras, y no puede ocultarla su cariño, se permite acompañarla como una muestra de su afecto sincero, ese pequeño presente, suplicándola tenga á bien aceptarlo.

Si, como lo espera de su bondad, consiente en recibirlo, irá á darla las gracias por tan inmenso favor.

E. . . .

A este billete circunspecto y atento, venia acompañado un yalioso aderezo de diamantes.

Hortensia, como toda mujer, se sintió lisonjeada en su amor propio ante aquel magnífico y régio presente ; y lo aceptó.

Al aceptarlo, envió al que se lo hacia un breve pero elocuente mensaje, significándole no ya su complacencia sino su *deseo* de que la visitara.

A la siguiente noche, Emilio, que asi se llamaba este caballero, franqueaba los umbrales de la casa de Hortensia, siendo recibido por esta con su mejor sonrisa.

Resultado : al cabo de tres dias, Emilio era

dueño absoluto de Hortensia, la que manifestábase satisfecha de su nuevo amante.

Este, á su vez, habíase entregado con alma y cuerpo á la vida de ardorosas caricias que le brindaba el amor en brazos de aquella.

\* \* \*

Llegó el Carnaval de 18. . .

El teatro de la Opera abria sus puertas á los amantes de Tersípcore.

La juventud bulliciosa, entre la que se veian sin embargo, hombres de edad madura y provec-ta, se agolpaba á la entrada de aquel hermoso salon.

En un baile de máscaras, confúndese siempre lo grave con lo cómico, ó mejor dicho: en la puerta del teatro, al penetrar á ese recinto alegre donde todo es algazára, franqueza y espansion, todo el mundo arroja su acostumbrada gravedad —careta que sirve durante todo el año á la mayoría de los séres—para ir á lanzarse en ese ardiente y estrepitoso torbellino formado por la danza y los movimientos locuaces y caprichosos de una muchedumbre agitada, sedienta y ávida de una noche de placer.

Hortensia era muy afecta á los bailes de disfraz, porque, segun ella, en una mascarada es donde se vé palpitar en toda su estension el alma de la humanidad.

Y en efecto: allí se desatan las pasiones del hombre con toda la fúria con que se lanza una jauría de perros que acaba de soltarse por su amo, despues de haber permanecido atada durante todo el año.

No hay un sentimiento en el corazon humano que no vibre entonces sonoramente, ni pasion que no se despierte, entre el estruendo de un baile de máscaras.

La luz, la atmósfera, cargada de la fiebre de los deseos que se agitan en cada sér, la diversidad de perfumes y trajes que ondulan y se arremolinan en el salon como una nube fantástica; la música, que al herir el oido produce en aquellos casos la embriaguez del alma: todo esto exalta la imajinacion, y aviva el sentimiento poderosamente, obligando á la intelijencia á replegarse mústia y lánguidamente.

Hortensia, pues, se habia propuesto asistir á la Opera durante las tres noches de Carnaval; y nos invitó con asaz exigencia á Estela y á mí, para que la acompañáramos.

Tuvimos que acceder á sus deseos y nos dirijimos al teatro.

Emilio que, como he dicho ya, amaba con locura á Hortensia, habia manifestado su disgusto á esta por aquella determinacion; lo que no fué, sin embargo, causa para que desistiera ella de su propósito.

Esto explica porque no era Emilio de los nuestros en aquella velada carnavalesca, y porqué Hortensia no llevaba como su amiga Estela, su compañero al teatro.

Estela iba disfrazada con un dominó blanco, de adornos celestes, y cubierta por un antifaz de raso negro.

Hortensia iba vestida de Maga, con su varilla de virtud en la mano y todos los accesorios propios del traje de las antiguas Sibilas.

Eran las doce de la noche cuando penetramos al teatro de la Opera.

Desde luego, la Maga llamó poderosamente la atención de los caballeros y enmascarados que encontrábamos al paso.

Un elegante joven, en quien reconocí á Arturo, el íntimo amigo de X. . ., personajes ambos que no habrán olvidado mis lectores, salió al encuentro de Hortensia, derramándole:

—Divina y seductora Maga, ¿ quiéres decirme la buena ventura ?

—No tienes bastante dinero para pagarme, contestóle fijando sobre él una mirada de desprecio mas bien que de ódio.

—Te daré en pago mi alma, me constituiré en tu esclavo, bella hechicera! replicó entonces Arturo, ofreciéndola el brazo, que aquella aceptó con visibles muestras de desagrado.

—Tu alma! le dijo: ¿ para qué quiero yo una

alma seca y perversa? ¿qué necesidad tengo de un esclavo tan envilecido como tú? . . .

Y Hortensia fijaba en Arturo sus ojos, cual si tratara de leer en su fisonomía las huellas del remordimiento por la infamia que cometió al engañarla y abandonarla después tan miserablemente.

Pero el rostro de éste no manifestaba otra cosa en aquel momento que una ligera alteración, producida por las acerbas frases de Hortensia.

—Creo que te equivocas, máscara, atinó á contestar Arturo; debes confundirme con algun otro individuo, por que solo así se explica un concepto tan poco favorable como el que tienes de mí, y revelan tus palabras ácras y demasiado duras.

—Nó, no me equivoco: y en prueba de ello voy á decirte como te llamas.

Y Hortensia se acercó al oído de Arturo, pronunciando algunas palabras en voz baja.

Arturo cambió entonces de color; víosele palidecer y estremecerse ligeramente. Pero pronto se repuso y dirigió nuevamente la palabra á su compañera.

--Alguien que no me quiere bien debe haberte dado, sin duda, muy malos informes á mi respecto, cuando así te espresas máscara; pero es propio de espíritus elevados y de almas grandes colar tuya, no dar crédito á la calumnia ni la ma-

ledicencia, prontas siempre á enzañarse en las reputaciones mas puras.

Una estrepitosa carcajada fué la respuesta de Hortensia á las frases de Arturo. Despues esclamó :

—No te creía tan vil ni tan miserable como para justificar todavia tu conducta villana!

Y desasiéndose enérgicamente del brazo de Arturo:

—Me repugna—le dijo—continuar en tu compañía: véte, bribon; que no te vuelva á ver, hipócrita!

Arturo, impelido por el empujon violento de su ex-querida, fué á chocar con una pareja que danzaba vertijinosamente, y cayó al suelo, produciendo su caída un palinoteo y una burla general.

Hortensia se tomó entonces de mi brazo como si temiera la ira de su antiguo amante.

Este se levantó hecho una verdadera fúria, lanzando de sus ojos rayos sangrientos á la multitud, y encaminándose hácia la puerta de salida.

El baile continuó despues de este incidente mas animado que nunca.

Un jóven, al cual me ligaban estrechos vínculos de amistad, se acercò en este momento á donde yo estaba.

—Qué feliz eres! me dijo: qué suerte la tuya dar con tan buenas compañeras! ¿No quieres ofrecermé una para el próximo baile?

—Con mucho gusto, querido! le respondí; y dirigiéndome á Hortensia como para sacar su beneplácito, la pregunté:

—¿Quieres complacer á mi amigo?

—Con mucho gusto! contestóme.

Mi amigo ofreció el brazo á Hortensia y, se lanzaron al centro del salon.

—Mucho me temo, dijo entonces Estela, que la escena de Hortensia con Arturo, tenga fatales consecuencias; porque ha estado hiriente y grosera por demás!

—En efecto, contesté; pero no creo que aquel sea tan villano para tomarse una revancha de una débil mujer. Si eso sucediese, yo no podria menos que intervenir; pero, lo repito, no lo espero, haciendo honor á su caballerosidad.

Estela guardó silencio.

Yo me puse á mirar una pareja que bailaba *can-can*, próxima á nosotros.

Al contemplar la soltura y la rapidcz de aquellos dos danzantes; al verlos ejecutar aquella gimnasia abrumadora y fatigante propia de aquel baile libidinoso que hace las delicias de los ingleses en *Mabille*,—yo no pude menos que recordar á la *Douvry*, aquella cancanera furiosa del Alcázar de Buenos Aires, que arruinó y enloqueció á medio mundo.

Estaba abismado en este pensamiento, cuando vino Hortensia á sentarse á mi lado.

—Gracias! me dijo su jóven acompañante,

despidiéndose de mi, y encaminándose al extremo opuesto, en donde se veía un grupo de jóvenes como él.

—Retirémosnos—esclamó Hortensia al poco rato : son ya cerca de las dos de la mañana.

—En marcha, pues! dije yo entonces, ofreciendo á Estela el brazo izquierdo, mientras Hortensia caminaba delante.

Pronto nos encontramos fuera.

Al llegar á la esquina de Suipacha, un hombre que estaba parado en la vereda del frente se dirigió rápidamente hácia nosotros.

Sospechando que fuese Arturo, me desprendí del brazo de Estela con la intencion de colocarme al lado de Hortensia que nos llevaba algunos pasos de delantera ; pero antes de llegar yo, Arturo, que no era otro el hombre aquel, se habia lanzado sobre su ex-querida, quien dió un grito horrible y cayó.

Junto con el grito de Hortensia, Arturo se sintió acogotado por mi. Al sentir mi mano nervuda que oprimia fuertemente su pescuezo, el hombre se sorprendió de tal modo, que dejó caer de la suya, crispada por el miedo y el terror, algo que produjo un ruido metálico al chocar con el cordon de la vereda.

Era un puñal que me apresuré á recojer.

—¡Infame! lancè entonces sobre el rostro de Arturo, pensando que Hortensia hubiera sido muerta de una puñalada.

—Apodérese V. de ese vil asesino ! dije á un agente policial que acababa de presentarse:— este puñal es el instrumento homicida ; con él ha sido asesinada elevosamente esa señora !

El vigilante se apoderó de Arturo, tomó el puñal y tocò pito.

Entonces corrí hácia el lugar en que Hortensia se hallaba.

—Está muerta ¡ me dijo Estela derramando un mar de lágrimas.

—Muerta ! exclamé, sintiendo oprimido el corazón ante aquella triste realidad.

Hice arrimar un carruaje, metí en él el cadáver y subimos despues Estela y yo.

Antes de partir, presenté al agente de policia una tarjeta, á fin de que el comisario supiera donde debia ir á informarse de lo sucedido.

Media hora más tarde, y cuando nos hallábamos en casa ya, aquél se presentó, en efecto, acompañado del Oficial de servicio.

Tomaron declaracion á Estela y á mi, y un rato despues nos hallábamos solos, en presencia del cuerpo inanimado de la que una hora antes rebozaba vida y juventud.

A la noche siguiente, reposaba ya en la mansion de los muertos, sin pena ni dolor.

La pérdida de esta amiga, nos entristeció profundamente.

Fué mayor aun el sentimiento de nuestra al-

ma, al encontrar algunos días después de su fallecimiento, registrando sus papeles, la memoria testamentaria de aquella infeliz.

Junto con esta pieza fúnebre, que encerraba la última voluntad de Hortensia, había una carta para Estela.

Esa carta decía:

«Si muero antes que tú, querida Estela, haz abrir judicialmente mi testamento, que tengo hecho ya, y por el cual te instituyo mi única y universal heredera.

«No tengo herederos forzosos; y es mi firme é irrevocable voluntad, que goces de mis bienes en recuerdo de nuestro sincero y fraternal cariño.

«Perdóname todo el mal que pueda haberte hecho, y ruega á Dios por mí.

«Tu amiga : tu hermana :

HORTENSIA.»

Un mes más tarde, el Juez de 1<sup>a</sup>. Instancia puso á Estela en posesión de los bienes de aquella, declarándola su única heredera.

Pasó mucho tiempo y Estela no pudo olvidar á Hortensia.

Algunas veces sorprendíala llorando. Trataba entonces de consolarla, pero en vano : parecía que mis palabras lejos de tranquilizarla, redoblaban su pena, porque sus suspiros y sollozos se hacían más frecuentes y dolorosos cada vez.

Un dia que estaba mas abatida que nunca me dijo:

—¿Serás tan bueno que me concedas un gran favor, que voy á pedirte, amado mio?

—Habla, dí lo que deseas, que serás inmediatamente satisfecha! contestéla.

—Gracias! exclamó levantándose y dándome un beso en la frente. Mientras tanto, su semblante se habia animado por una dulce espresion.

—Llévame á *San Buena Ventura*; quiero ver á mis padres! agregó.

Ante aquel estraño é inesplicable pedido, confieso que me arrepentí de haberla prometido llenar todos sus deseos.

Dada la situacion de ánimo de Estela, el espectáculo de sus padres, privados de la razon por culpa suya, debia ser algo mas que imprudente; debia ser, además, fatal!

Sin embargo de estas consideraciones juiciosas, accedí al pedido de Estela cumpliendo la promesa que la hiciera.

Tomamos un carruaje y nos dirijimos á la *Convalescencia*.

Estela iba de riguroso luto, como vestia siempre despues del fallecimiento de Hortensia.

Pronto nos encontramos en el Hospicio á cargo del Dr. Uriarte.

Manifestamos el objeto que allí nos llevaba, y el Mayordomo de los locos nos franqueó la

entrada, conduciéndonos hasta donde se encontraba el padre de Estela.

—Ese es—nos dijo aquel, señalándonos un hombre horriblemente desencajado, de barba larga y canosa.

—Sí, ese es mi padre! exclamó Estela inundándosele las mejillas de lágrimas.

—Cómo ha cambiado! agregó despues de algunos momentos, dirijiéndose al Mayordomo.

—Notablemente, señora, respondió aquel: cuando entrò al establecimiento era un hombre jóven todavia, lleno de fuerza y vigor. Algun gran sentimiento debe haber causado su locura. Muchas veces le he oido pronunciar un nombre, recayendo despues en un profundo letargo, muy parecido al letargo que precede á la muerte—El Dr. Uriarte se tomó gran interés por este enfermo; pero todos los cuidados de la ciencia fueron inútiles.

—Solamente la presencia de su hija—habia dicho aquel distinguido alienista—podrá volverle hoy la razon.

—¿Y no podríamos hablarle á solas, en una pieza en donde no hubiera nadie mas que nosotros? pregunté al Mayordomo, y este por toda contestacion tomó del brazo al padre de Estela, y lo condujo seguido de nosotros á un gabinete reservado para estas visitas, que tiene el Hospicio.

Allí se le hizo sentar en un sillón, y el Mayor-domo dijo:

—Pueden ustedes interrogarle.

—Buen hombre! exclamé entonces yo acercándome á aquel desgraciado: ¿No has sabido nada de Estela, de la hija que tanto te quiere, y que no te ha olvidado un solo momento?

Cuando pronuncié el nombre de Estela, el loco frunció las cejas como atormentado por un recuerdo triste. Poco á poco, empezó á desarrugar el ceño, sus ojos se abrieron y las facciones de su rostro se animaron visiblemente.

—Estela! . . . Ah, sí; yo tenia una hija que así se llamaba, hija que perdí y no he vuelto á ver mas! articuló el infeliz, bajando nuevamente sus ojos.

—¿Y desearias verla, estrecharla entre tus brazos, restituirla á tu cariño para siempre? le volví á preguntar.

—¿Si desearia verla? . . . No he alimentado otra esperanza, no he pedido á Dios mas felicidad, que la de volver á contemplar por un instante siquiera, á la hija querida de mi alma! . . .

Y dos grandes lágrimas surcaron el rostro amarillento de aquel hombre.

Los ojos de Estela que contemplaba en silencio esta escena, se desataron en dos gruesos raudales, tanto y tan abundante era el llanto que derramaban.

Yo estaba vivamente impresionado tambien.

Pero conteniendo mi emoci3n, volví á decir al pobre demente :

—Pues, bien ! Dios te ha oido y te devuelve tu hija : mírala !

Y tomando á Estela de una mano se la presenté.

El loco levantó entonces sus ojos y los clavó con rara fijeza sobre Estela.

—Padre mio ! balbuceó esta entre sollozos abrazándose del enfermo : yo soy Estela, tu hija querida ! ¿ No me conoces ya ? . . .

—Oh, si, Estela ; hija mia ! Gracias, Señor, por tu divina bondad !

Y aquel hombre estrechó frenéticamente contra su pecho á su hija, besándola y acariciándola.

Aquel reconocimiento que acababa de hacer, lo habia transformado.

Por un momento creí que la razon, esa-gravedad del espíritu, habia vuelto á ocupar las celdas de aquel cerebro tenebroso.

Ay ! Pero esta lucidez no debia tener mas duracion que la de un meteóro !

En efecto : poco á poco fueron faltándole las fuerzas hasta que cayó como desplomado sobre el sillón.

—La impresion ha sido violenta ! dijo el Mayordomo : tan violenta, que puede traerle consecuencias desgraciadas.

El Mayordomo no se equivocó.

Al concluir su observacion, el loco incorporóse merced á una fuerte reaccion, abrió desmesuradamente los ojos, en que se veia el estravismo mas pronunciado, exhaló un suspiro tristísimo y penetrante, y volvió á quedar inmóvil.

El padre de Estela acababa de espirar!

El reconocimiento de ésta, que al principio de su locura pudo salvarle, le habia causado la muerte en esta ocasion.

¡ Pobre Estela!

A qué pruebas tan rudas y dolorosas la habia sujetado el destino!

Aun faltaba la última por que debia pasar aquella mártir; todavia le restaba ver á su madre!

¿ La vió? . . .

Desgraciada!

Lo que encontraron sus ojos fué un cadáver, alumbrado por cuatro pálidas antorchas, tendido sobre una mesa rústica!

Inescrutables arcanos de la Providencia!

La pobre madre habia espirado dos horas antes, llamando á su hija; y su hija no llegó á recojer con su perdon el último suspiro de aquella vida tronchada por el infortunio aun antes de separarse del cuerpo que animára!

Un dolor inmenso hirió el corazon de ambos padres, sepultándolos en esa noche sin astros del alma—la locura;—y un mismo sentimiento, un deseo íntimo y penetrante—el de volver á ver á

su hija—les quitó la vida casi al mismo tiempo.

Estela no pudo resistir este doble y rudo golpe; y cayó al suelo sin conocimiento.

Recomendé al Mayordomo pusiera los cadáveres de ambos esposos en los cajones que le enviaría esa misma noche, prometiéndole volver al día siguiente, para conducirlos á la última morada.

Tomé á Estela en mis brazos, la puse dentro del carruaje y salí de aquella mansión de la desgracia, para preocuparme tan solo de mi querida, la que aun no habia vuelto en sí.

Aquel letargo mortal, duró cerca de un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo despertó.

Un hondo y doloroso suspiro exhaló de su pecho.

A este suspiro, sucedió un llanto copioso: despues se tranquilizó.

—¡Qué desgraciada soy! me dijo cuando nos encontráramos en casa ya.

—No tanto como te lo figuras! respondí tratando de consolarla.

Y despues proseguí:

—¿Qué mas quieres? Has visto á tus padres por última vez, recibiendo de ellos su perdon. Su muerte, léjos de sentirse, debe infundir consuelo; porque merced á ella han dejado de sufrir, remontándose al cielo donde Dios premiará su santa resignacion.

Algo conseguí, en efecto, con estas palabras: Estela no lloró mas aquel dia.

Al siguiente, dábamos á sus padres sepultura en la Recoleta.

Sobre la lápida de su sepulcro hice grabar dos corazones unidos, traspasados por un puñal, y una fecha: la de su muerte!

\*  
\*\*

¿Qué era de Arturo á todo esto, amante primero, y despues asesino de Hortensia?

Vamos á decirlo al lector en breves palabras.

Terminado el sumario levantado por la Policía, Arturo fué puesto á disposicion del Juez del Crímen.

Estaba constatada la alevosía del asesinato.

El mismo reo lo confesó, sin tratar de disculparse.

Nombró defensor á X. . . , pero X. . . se escusó diciendo:

—Yo no he defendido una sola causa en mi vida, ni civil, ni criminal, y la tuya necesita un abogado de ciencia y de crédito, que pueda sacar merced á estos títulos todas las ventajas posibles de los majistrados que en ella intervengan. Ese abogado no puede ser otro que el Dr. D. José María Moreno, á quien veré hoy mismo, suplicándole quiera patrocinarte.

El Dr. Moreno fué visto, efectivamente, por X. . . , y, apesar de la mala atmósfera levan-

tada en torno del autor de la muerte de Hortensia, aquel distinguido jurisconsulto tomó resueltamente la defensa de Arturo.

—Por lo menos puedo garantizarle una cosa, mi amigo—había dicho el Dr. Moreno á X. . . cuando este se despedía—y es que no evitaré ni omitiré medio legal, ni extra-oficial, en el sentido de que ese desgraciado jóven no sea condenado á la última pena!

El Dr. Moreno cumplió su palabra.

Una defensa brillante, como solo él sabe hacerlas, nutrida de razones y doctrinas jurídicas, alegadas en favor de su defendido,—dió por resultado que se le condenára solamente á quince años de prision y al pago de las costas procesales.

Arturo, pues, cumplía su condena en una de las prisiones de Cabildo, donde era objeto de consideracion por parte del Alcaide, y en donde recibia á menudo las visitas de sus amigos.

\*  
\* \*

X. . . continuaba como siempre en la única ocupacion de su vida: el amor!

Habia agregado algunas víctimas mas al catálogo de sus conquistas, contando con la impunidad que hasta entonces le salvaguardára, sin abandonarlo un solo momento.

Pero no se puede contar siempre con esta deidad protectora de los grandes criminales. Y

un día, cuando menos se piensa, la justicia divina y la cólera celeste estallan por medio de una alma honrada; y esta alma arma un brazo, y este brazo golpea y hiere!

X. . . sedujo una mujer casada.

La sedujo, infamando una familia entera y trocando en un infierno horrible la vida de un esposo feliz y cariñoso.

Este, avisado por una vieja de la vecindad, vino á conocer el hecho despues de algun tiempo.

Desde entonces proyectó su venganza, digo mal: decretó el castigo del culpable y su cómplice.

Al efecto, espío día y noche su casa, de la cual salia pretestando á su mujer viajes á la campaña.

Una tarde, mientras él vigilaba desde una confiteria inmediata todos los movimientos que en aquella se operaban, vió llegar un carruaje y pararse á su puerta.

Un momento despues, aparecia su esposa, coqueta y seductoramente vestida, y subia al carruaje.

¿A dónde se dirigia la infiel?

Esto era lo que el marido ofendido iba á saber pronto, siguiendo, como siguió, el vehículo que conducia á la que llevaba su nombre.

Previendo, como era lógico suponerlo, que las citas criminales de ésta no tuvieran lugar en su

propia casa, aquel hombre tenia tomado un *coupé* que se estacionaba todos los dias desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, en la vuelta de la esquina; el mismo que lo condujo en seguimiento del coche en que iba su mujer.

El carruaje de ésta, despues de dar vueltas y revueltas por las calles mas centrales, cual si de ese modo quisiera estraviar el verdadero rumbo que llevaba, entró, al fin, resueltamente por la calle de Rivadavia, parando media hora mas tarde en el *Petit Versailles*.

Allí descendió la mujer adúltera, penetrando rápidamente al interior de aquella casa.

El marido de esta hizo parar en la esquina el *coupé* que lo conducia, y dirigióse á aquella morada de los impuros amores.

Entró al salon, en donde fraguando una historia al dueño del establecimiento, vino á saber que X. . . se hallaba en la pieza reservada del fondo, y que á esa misma habitacion habia entrado *la señora*.

—Deseo dar una sorpresa á mi primo X. . . dijo el marido burlado, refrenando sus ímpetus y ahogando el infierno de los celos que empezaba á sufrir dentro de su alma:—asi es que lo le prevenga V. nada, ni le diga que ha venido un pariente á buscarle.

—Solamente deseo—añadió despues de un mo-

mento—que V. me indique la puerta de entrada de la pieza en que se encuentra en este momento, para presentármelo de improviso, así que yo juzgue terminada su entrevista con aquella señora.

—No hay inconveniente, señor, repuso el *patron*: la pieza en que se halla el señor doctor con la *esposa* tiene dos puertas: una es esta, (y señaló con la mano aquella por donde habia entrado la adúltera) y la otra, dá al jardin: esa no se cierra nunca!

—Bien, déjeme V.!

Y el *patron* desapareció, inclinándose profundamente.

¿Quién puede imaginarse lo que sintió aquel hombre, aquel esposo ofendido tan íntima y traicionadamente en su honra y su amor?

Solo podrá saberlo aquel que haya experimentado alguna vez la pasión desastrosa de los celos; aquel que, confiado, y obedeciendo tan solo á sus sentimientos de ternura, puso en manos de una mujer adorada su corazón, el depósito de su honra y su porvenir; y vió despues traicionada su fé, menoscabada su dignidad, comprometido el mañana. . . Solo podrá comprender el martirio de esta alma, sus angustias y su desesperacion, el que haya visto derrumbarse en un momento aciago el castillo de su felicidad, que reposaba en la fé jurada, en las caricias de un amor digno, consagrado por Dios y los hombres

. . . aquel que es padre cariñoso, buen ciudadano, y vé de repente que la mancha del vicio va á nublar la frente tersa y límpia de sus hijos, grabándose en ella el injusto é implacable estigma social! . . . Solo comprenderán el dolor de esta alma, los que aman la familia y el honor individual, sostenido á costa de los mayores sacrificios!

Los ojos de este infeliz esposo tenían algo de siniestro en su mirada, ardiendo en sus pupilas el vivo fulgor de la demencia.

Su frente estaba densamente pálida, plegada por una suprema y enojosa contraccion,—esa contraccion inicial de los profundos sacudimientos morales; sus lábios, hinchados y temblorosos; sus puños crispados, como deben crisparse los de la mano que hiere en defensa propia.

A intérvalos se agitaba su cuerpo por nerviosos y bruscos estremecimientos, permaneciendo despues en una contínua y ansiosa movilidad.

Todo esto decia bien claramente que aquel hombre era presa del mas atroz suplicio.

Al cabo de un cuarto de hora, tiempo que debió parecerle un siglo,—tan rudo era su sufrimiento—levantóse y salió afuera, encaminándose hácia el jardin, al que daba la otra puerta, la que encontró efectivamente abierta, segun asi se lo asegurára el dueño de casa algunos momentos antes.

Ver esa puerta y echar al fondo del cuarto su mirada anhelosa y profundamente investigadora, fué la obra de un instante.

El cuadro que se ofreció á su vista debió tener todas las sombras del crimen con un solo rayo de luz—la convicción de su desgracia, la realidad de su mortificante sospecha—por que clavar sus ojos en él y precipitarse al interior de aquella pieza, fué cosa tan rápida como el pensamiento.

Tres fuertes detonaciones, que alarmaron y atrajeron á aquel paraje un número de curiosos y vagos,—espectadores obligados de todos los escándalos,—anunciaron que la cólera del mas grande y santo de los resentimientos que puede sufrir un hombre de honor, habia estallado.

En efecto: las primeras personas que ocurrieron al ruido de aquellas descargas, presenciaron: un hombre bañado en sangre, tendido sobre una cama, con los labios pegados al rostro de una mujer hermosa, acostada de espaldas; y cuya sien izquierda presentaba una herida que sangraba, desfigurando enormemente aquella parte de su cara.

Ambos habian sido sorprendidos y muertos en el acto de consumir sus ilegítimas voluptuosidades.

Asi concluyó X. . ., aquel malvado que habia hecho de la infamia y la seducción, el solo objeto de su existencia.

La sociedad que suele ser tolerante y complaciente con los grandes bribones, mientras descarga sobre el desvalido y el indefenso todo el rigor de su irritante justicia, — debió ver en la muerte trágica de X. . . y la esposa culpable, el justo castigo de la Providencia, castigo inexorable que no se hace esperar mucho tiempo cuando la justicia humana no sabe, ó no quiere, aplicarlo merecida y oportunamente!

\* \* \*

Mis amores con Estela habian continuado siendo intensos y ardorosos.

Despues de un año y medio, nos amábamnos como el primér dia en que nos conocimos.

Mi salud, empero, se habia resentido considerablemente como consecuencia de este exceso de pasion.

Algunos amigos íntimos, emprendieron la obra caritativa, que hoy les agradezco, de aconsejarme la ruptura de mis relaciones con Estela.

—Estás obligado á ello—me decia Ernesto, á quien yo profesaba desde la infancia un cariño fraternal—por dos sérias y poderosas razones, que en tu calidad de hombre inteligente no debes desatender: la primera, es tu salud comprometida, que es menester repares, arreglando tu vida que se evapora en el desórden. La segunda, es el respeto que debes á la sociedad,

quien exige romper inmediatamente con tu querida. Un hombre joven y conocido, no debe dejarse dominar por una pasión bochornosa, que tiene forzosamente que avergonzarle, y amargar, al fin, su mentida felicidad. ¿Qué sacarás tu de esa unión ilícita? Perderte, anularte! Continuando en el camino en que te hallas, vendrá un día en que será imposible, completamente imposible, lo que hoy se puede conseguir todavía, sin más sacrificio que el de tu amor á esa mujer: tu separación de ella! Ese día será aquel en que rodeado de hijos, fuertemente vinculado á esos enjendros de la pasión impura—que no por tener este origen dejan de ser queridos—tu no podrás ya romper con Estela, la que entonces más que amante, será la madre de tus hijos inocentes; madre é hijos á quienes te atará la ley del amor, los sentimientos del corazón y la naturaleza, que habla en todos los seres con una misma irresistible elocuencia! Después de todo, aunque injustamente, verás pesar sobre la cabeza de tus hijos, la ira y el desprecio social, dirigidos contra tí y tu amante, porque no supieron ó no quisieron guardar las conveniencias debidas al decoro y respeto de la sociedad justamente escandalizada. Te aseguro, Jorge, que mis consejos son puros y desinteresados, como fué siempre estrecha y sincera la amistad que nos une desde la infancia!

Escuché á Ernesto atentamente, sin perder

una sola de sus palabras, de manera que cuando él ~~habo~~ concluido, yo habia adoptado ya una resolucion firme.

—Tienes razon, querido Ernesto! le dije estrechando fuerte y cariñosamente una de sus manos.

—Te doy mi palabra de honor—añadí—que antes de una semana yo habré roto ya mis relaciones con Estela.

—Yo no esperaba menos de tí, Jorje, y te aseguro que si tal haces, no solamente me darás con ello un gran placer, sino que te restituirás á la estimacion social, que parecía haberte abandonado por completo.

—Pues bien; saldré de Buenos Aires; haré un viaje á las Provincias, y tu vendrás conmigo para hacerme olvidar mas pronto á Estela.

—Tendré en ello el mayor gusto, querido, pues tu sabes que puedes contar siempre con migo en todo aquello que te favorezca.

\* \* \*

Asi quedó concertado mi rompimiento con Estela.

La lucha que sostuve entonces con mi alma, fué terrible.

Por un lado, mi amor hácia aquella mujer que no tenia mas culpa para merecer el desprecio público que la *fatalidad*, que se habia cernido so-

bre ella como un cuervo hambriento, que, después de proyectar las sombras de sus alas en su frente límpida, había devorado su alma cruel y despiadadamente. Por el otro, las preocupaciones sociales, sublevándose airadas en mi contra; la urgencia de reparar mi salud quebrantada; y, por fin, la palabra que acababa de empuñar solemnemente al amigo.

Agregad á esto las exigencias de la juventud, los deseos del alma á los veintidos años; y comprendereis que era casi imposible que yo me desprendiese de Estela, renunciando de golpe y para siempre, un amor que había sido mi vida, el foco en que irradiaba mi existencia de adolescente.

Sin embargo, había en mí algo superior á todo lo que acabo de comunicaros; algo mas fuerte, mas grande y avasallador: mi voluntad!

Armado de esta soberana potencia, salí triunfante de esta lucha tremenda: conseguí dominar por completo mis sentimientos y separarme para siempre de Estela.

Ved como procedí!

—Estela! dije á esta la noche siguiente al dia en que yo estuviera con Ernesto.

—Es preciso que nos separemos: que cada uno de nosotros siga su destino independiente-mente!

Estela me miró asombrada, leyó la firmeza de mi voluntad en mi rostro adusto y preguntó:

—¿Qué dices?. . . Vuelve á repetir tus frases, porque no atino á comprenderte!

—Sea! ya que es preciso: contesté —Nuestra separacion está resuelta, Estela: la sociedad, mi familia, mi salud comprometida gravemente, asi como mi porvenir, lo exigen sin dilacion y con imperio invencible!

Estela desfalleció ante esta cruel confirmacion: exhaló un grito doloroso y cayó al suelo sin sentido.

Corrí en su socorro.

Levantéla en mis brazos, púsela en la cama donde quedó sin conocimiento, y me lancé sobre el lavatorio de donde tomé un frasco de esencias con el cual volví, derramando gran parte de su contenido sobre la hermosa cabeza de Estela, que empapé, asi como sus pálidas sienas, mientras batía sobre su rostro una pantalla, buscando por medio del aire hacerla recobrar los sentidos.

—¡Qué desgraciada soy! exclamó al despertar de aquel letargo.

—Dificilmente— agregó— habrá una muger tan ruda y eternamente combatida por la suerte! Todo cuanto he amado, todo cuanto podía sonreír y halagar mi existencia infortunada, todo, me ha sido arrebatado por el cielo!

Después continuó como hablando consigo misma:

—Y Jorge, y su amor; el único amor que me

parodiaba la mentida felicidad de la tierra; el único sér á quien verdaderamente he amado; por el único que habria soportado sin queja todos los dolores del mundo, desafiando la intemperie y los rigores de la fortuna. . . . él tambien me abandona, él tambien apuñalea mi alma!. . . Oh! señor, abre la tierra que soporta mi cuerpo y sepúltame de una vez en la noche del no sér! Muerte, ven: te desafío á que hieras, á que cortes con tu formidable segur el hilo de mi vida!.. .

Y aquella infeliz, en el acceso de su supremo dolor, se debatía de un modo horrible, como se debate el que lucha en brazos de la muerte.

Las facciones de aquel hermoso rostro que tantas veces habia animado y sonrojado con mis besos de fuego, se habian contraído y desfigurado de una manera sorprendente.

Sus ojos, por cuyas pupilas luminosas me habia sonreído siempre su alma, estaban hundidos profundamente y circuidos de oscuras y horribles ojeras.

Su nariz, que hubiera podido servir de modelo á Praxíteles para esculpir la de Venus—tan correcta era—habíase afilado extraordinariamente; y en proporcion, todas las demas líneas de su cara angelical.

Contemplando aquel cambio, aquella metamorfosis tan rápida y completa operados en esta soberana beldad, pude notar otra cosa que me

dejó helado de espanto : todo el cabello pegado á la raiz de sus sienes habia emblanquecido !

En presencia de aquel cuadro, sentía impulsos de cambiar de resolucion y decir otra vez á Estela :—«No, no te abandono, ni te abandonaré jamás» !

Pero mi razon, que habia recobrado todo su dominio ya, se sobrepuso á todo sentimiento que no fuera el de cumplir á Ernesto mi palabra empeñada.

Estela sollozaba, lanzando en vez de suspiros, sonidos angustiosos, muy semejantes á los esteriores de una agonía lenta y horrible.

Al cabo de una hora, cuando Estela parecia haberse tranquilizado conformándose con su nueva suerte, salí afuera, llamé á la mucama y la dije que como esa noche no volveria yo á causa de un negocio importante que me retendría hasta el dia siguiente, no abandonase ni dejára sola á Estela.

Despues de esta recomendacion, me marché dirijiéndome á casa de Ernesto.

—Estela acaba de ser notificada de mi resolucion de romper con ella ! dije á aquel amigo. Lo que ahora hace falta—continué— es fijar el dia de nuestra partida de Buenos Aires.

—El que tu quieras, Jorge ; aquel que te parezca mejor, ese será el de nuestra partida ! me respondió Ernesto.

—Pues bien! Si te parece podemos embarcarnos para el Rosario dentro de cuatro dias. Yo no veré á Estela hasta la víspera de nuestro viaje, en que iré á darla mi despedida. Prepárate, pues, cuanto antes; y lleva, si no te es molesto, tus balijas á mi vivienda para evitarme el pensar en aquella mujer, cuya separacion, créelo, Ernesto, me cuesta mucho!

Se hizo todo segun mis deseos, y esa misma noche Ernesto se alojaba en mi casa, teniendo el cuidado de no dejarme solo ni en ella, ni en ninguna otra parte.

\* \* \*

El dia antes de mi partida, fuí á ver á Estela por última vez.

La encontré bien.

Parecía conforme con nuestra separacion.

Y esta conformidad, habia devuelto á su fisonomía toda su dulzura, toda su animacion y toda su belleza primitiva, que parecian haberla abandonado en el paroxismo del dolor, producido por la notificacion de un inmediato rompimiento.

Esto me sorprendió, lo confieso.

—¿Cómo se esplica este cambio? me decia. ¿Qué naturaleza es esta tan privilegiada, que hoy abate y troncha el pesar, y renace al dia siguiente ostentando sus galas primitivas y juve-

niles? O no creerá, tal vez, en la firmeza de mi resolución, y eso la dará bríos y alientos para mantenerse serena? . . .

Estas y otras preguntas análogas me hacía en silencio, mientras examinaba cuidadosamente á Estela, tan hermosa y seductora como ántes.

El lector recordará, sin duda, la escena de mi despedida de esta, que refiero al principio de esta novela.

Por esa escena, así como por las palabras vertidas por mi ex-amante, se verá que yo no estaba equivocado al suponer que Estela abrigaba la esperanza de que mi separación anunciada fuera un simple *pretesto* para medir por la impresión que la causara, la extensión de su amor hacia mí.

Pero se engañó, según se vé mas adelante, en aquella misma escena; y entonces, al comprender su error, al palpar la descarnada realidad de la cosa, no pudo evitar la expansión legítima de su alma, contenida ante una risueña esperanza.

La tempestad que atronaba cielo y tierra con su sordo estampido, neutralizaba un tanto esa otra tempestad que empezaba á rugir en su corazón, siendo esta la causa de aquel abandono, de aquella indiferencia y de aquella sangre fría con que ella miraba culebrear en el espacio los

relámpagos que se sucedían unos tras otros, mientras las nubes en su choque violento y furioso, ensordecían los oídos con su fragor, haciendo retremblar el suelo pavorosamente.

Pero terminemos.

Partí al día siguiente con destino á las provincias, y, dos meses después, estuve de regreso en Buenos Aires.

Este viaje produjo en mi salud, física y moral, una reacción benéfica.

Había recobrado mi vigor juvenil y la paz del alma.

Dos días después de mi llegada á Buenos Aires, Ernesto me hizo saber que Estela había realizado sus bienes y partido para Europa una semana antes.

De este modo se verificó nuestra eterna separación ; así concluyeron mis primeros amores !

Cuando algún tiempo después, supo Estela que yo me había casado, me escribió una carta desde París, en donde vive actualmente, concebida en estos términos:

« Sé que has unido tu suerte á la de una joven que merece ser feliz.

« Amala; y que el cielo bendiga tu hogar.

ESTELA. »

Si algun dia léas, desgraciada criatura, estas páginas que encierran el drama de tu vida, vierte sobre ellas una lágrima de tus ojos, pensando que, reunidas, forman la urna sagrada donde reposa el polvo de tus muertas ilusiones, conservado piadosa y eternamente por el recuerdo de mi primer amor !

FIN

